

# DOCUMENTOS PASTORALES

## Documentos del Sínodo de 1977 sobre la Catequesis

Ya en Sínodo de Obispos celebrado en Roma en 1974, y dedicado al tema de la EVANGELIZACIÓN, entregamos a nuestros lectores una documentación completa en los nn. 1 y 2 de nuestra revista (Vol. 1, 1975). También ahora queremos ofrecerles la documentación más completa posible sobre lo relacionado con el Sínodo de 1977, dedicado al tema De la catequesis en nuestro tiempo, con especial referencia a los niños y a los jóvenes.

Muchos de nuestros lectores seguramente estarán informados por otras publicaciones, pero queremos darles aquí todos los documentos juntos porque, tanto catequistas como especialistas en teología y pastoral, desearán tenerlos coleccionados para posibles estudios en el futuro. En realidad tenemos en ellos un arsenal extraordinario para estudios posteriores a base de esta documentación. Por otra parte se darán cuenta del esfuerzo ingente que se realizó durante las jornadas sinodales, a pesar de que las agencias de publicación no le hayan dado mucha importancia al asunto.

Ya en la parte anterior de nuestra revista se pueden leer los Informes diversos que sirven de base a estos documentos. Después de una primera parte informativa que tuvo el Sínodo, se pasó a estudiar los informes en 11 "Círculos Menores" o Grupos de trabajo: 3 de lengua inglesa, 2 de lengua francesa, 1 de lengua alemana, 3 de lengua española-portuguesa, 1 de lengua italiana y 1 de lengua latina. A tenor del Reglamento sinodal, antes de iniciarse estos trabajos se procedió a la elección del Moderador y del Relator de cada grupo. Quedaron constituidos así:

— Grupo Inglés A: Moderador, Mons. Joseph L. Bernardin; Relator, Mons. Patrick D'Souza.

— Grupo Inglés B: Moderador, Mons. Denis E. Hurley; Relator, Mons. John Mackey.

— Grupo Inglés C: Moderador, Mons. Dermot J. Ryan; Relator, Mons. Derek Worlock.

— Grupo Francés A: Moderador, Mons. Roger Etchegaray; Relator, P. Edouard Dhanis.

— Grupo Francés B: Moderador, Card. François Marty; Relator, Mons. Jean Orchamp.

— Grupo Alemán: Moderador, Johannes Joachim Degenhardt; Relator, P. Joseph Pfab.

— Grupo Español-Portugués A: Moderador, Card. Vicente Enrique y Tarancón; Relator, Mons. Felipe Santiago Benítez Avalos.

— Grupo Español-Portugués B: Moderador, Card. Pablo Muñoz Venga; Relator, Mons. Alfonso López Trujillo.

— Grupo Español-Portugués C: Moderador, Card. Raúl Francisco Primatesta; Relator, Mons. Francisco de Borja Valenzuela Ríos.

— Grupo Italiano: Moderador, Card. Antonio Poma; Relator, Mons. Aldo del Monte.

— Grupo Latino: Moderador, Card. Pericle Felice; Relator, Mons. Edward Materski.

A través de las conclusiones que presentaron los Relatores de cada uno de estos 11 "Círculos Menores", o Grupos de trabajo, los Padres sinodales, en un esfuerzo de síntesis, elaboraron un **Elenco de 34 Proposiciones** que se sometieron a diversas redacciones y enmiendas para, una vez aprobadas después de rigurosa votación, presentarlas al estudio del Santo Padre para que él elabore un documento al estilo de la Exhortación "Evangelii Nuntiandi"; pero estas 34 Proposiciones no han sido dadas a conocer detalladamente, sino en forma de síntesis, resumidas en 6 grandes bloques. Con ello los Padres sinodales terminaron su trabajo, no sin antes dirigir un Mensaje al Pueblo de Dios. Los Documentos Sinodales de 1977, los organizamos así:

I. Relaciones de los 11 "Círculos Menores", o Grupos lingüísticos de trabajo, (Síntesis de estas Relaciones, tal como aparecen en "L'Osservatore Romano", Edición Semanal en Lengua Española, 6-XI-1977, pp. 5-6, 11-14).

II. Síntesis de las 34 Proposiciones presentadas al Papa (texto tomado de "L'Osservatore Romano", Edición Semanal en Lengua Española, 13-XI-1977, pp. 12-13).

III. Mensaje de los Padres Sinodales al Pueblo de Dios (Texto completo, tomado de "L'Osservatore Romano", Edición Semanal en Lengua Española, 6-XI-1977, pp. 8-10).

## I. Relaciones de los XI "Círculos Menores" o Grupos Lingüísticos de trabajo.

### *Grupo Inglés A*

Exhortamos a una mayor integración entre Palabra de Dios, vida sacramental y profesión de la fe en la vida diaria. Sería de desear que la renovación de la catequesis para los adultos se llevase a efecto por medio del catecumenado.

En cuanto a su contenido, la catequesis ha de ser cristocéntrica; más formativa que informativa. Para ser auténtica, debe conducir a la oración, al mejoramiento de la conducta moral, al servicio del prójimo, al deseo de anunciar el Evangelio y de catequizar. Debe incluir también la Sagrada Escritura, la Tradición, los Símbolos de la fe y la enseñanza del Magisterio. Asimismo debe estar presente desde el principio la dimensión misionera, no sólo como doctrina acerca de la misión de la Iglesia, sino también como guía para asimilarla íntimamente viviéndola en el interés por los demás y en el sentido de corresponsabilidad.

Las pequeñas comunidades de creyentes juegan un papel importantísimo en orden a la catequesis de masa, actualmente necesaria. El Sínodo haría un gran servicio dando impulso a la formación de estas comunidades. Todos —obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos y seglares— deberían cambiar de actitud y demostrar nueva comprensión respecto a sus responsabilidades.

La doctrina cristiana sobre el matrimonio, la familia y la moral sexual es también parte importante de la catequesis. La *Humanae vitae* tiene contenidos positivos acerca de la vida familiar, pero todavía no ha sido suficientemente comprendida ni explotada; para ello se requiere una acción más coordinada por parte de los obispos. Es preciso preparar a las familias para sus tareas catequísticas. El influjo de los medios de comunicación de masa exige que la Iglesia ponga empeño en evangelizarlos; los padres y la escuela por su parte, deben enseñar a los muchachos a evaluar atentamente los programas.

La catequesis ha de estimular la participación más activa en la liturgia. La liturgia misma ofrece posibilidades, de catequesis, especialmente en la homilía, que para muchos cristianos es la única ocasión de continuar su instrucción religiosa.

Una catequesis genuina ha de encarnar la Palabra de Dios en las peculiaridades del pueblo al que se dirige. Con todo, los ensayos superficiales e ingenuos de inculturación pueden ocasionar más daños que ventajas. Es necesaria una investigación esmerada, cuyos resultados estén refrendados por las situaciones reales de la vida.

Hay que exponer las verdades de la fe en modo que quede clara su relación con Cristo, fundamento de la fe cristiana. "Jerarquía de las verdades" no puede significar que algunas pertenezcan a la fe menos que otras, sino que algunas se basan en otras más prioritarias y se comprenden a la luz de éstas.

Nuestra participación en el misterio de Cristo es fundamento de gran esperanza de progresos ecuménicos. Los cristianos pueden unirse en la oración y en la acción, para dar testimonio de la importancia de los valores evangélicos. De lo contrario queda sin colmar el vacío producido por las ideologías defectuosas, como el marxismo y el maoísmo.

El hecho de que los jóvenes sean hoy los primeros en darse cuenta de que el progreso técnico y científico, el bienestar material, la sociedad consumista y los medios de comunicación de masa no pueden responder a la búsqueda humana del sentido de la vida, representa una fuerte posibilidad catequética. No hay que considerar a los jóvenes meramente en función de una Iglesia adulta, sino que son plenamente miembros de la Iglesia y deben tener responsabilidades concretas.

Hay que reconocer debidamente el servicio prestado por los catequistas; todos deben honrar y estimar su vocación. Para dar la formación necesaria a los catequistas, es conveniente fundar centros especializados a ser posible a nivel interdiocesano.

El obispo es el primer catequista de la diócesis. Aunque tenga que ocuparse de pesadas tareas administrativas, no puede sacrificar su cometido de guía espiritual. Este exige el contacto personal con la gente y el deber de impartir una doctrina sin equívocos. El obispo ha de alentar y sostener también a sus catequistas, tanto ordenados como seglares.

#### *Grupo Inglés B*

Enmarca sus observaciones a la luz del carácter central del misterio de Cristo. Desea que cualquiera que fuere el documento que vaya a promulgar el Sínodo —semejante, a ser posible, al que siguió al Sínodo de 1974—, esté centrado en el misterio de Cristo. Los padres sinodales podrían pedir al Santo Padre que como catequista supremo enriquezca el trabajo de los obispos con su elevado magisterio sobre la persona de Jesús.

Contenido de la catequesis es que el misterio de Cristo abarca la creación, la redención gratuita y la recapitulación de todas las cosas en El. Debe ser norma el que la catequesis está toda en la Revelación y en el Símbolo de la fe; cualquiera otra explicación de la doctrina procede de la Revelación y del Símbolo y a ellos conduce.

El carácter central del misterio de Cristo en la catequesis supone, ante todo, la entrega personal a Cristo por la fe; exige además una implicación, al menos incipiente, en el acto redentor de Cristo. Tanto la persona de Cristo como su acto redentor tienen la capacidad de transformar la vida del cristiano. Este análisis conduce a una pedagogía basada en las virtudes teologales o en la realidad de que Cristo es el camino, la verdad y la vida.

Las fuentes de la catequesis son la Sagrada Escritura —tal como la ha entendido la Tradición católica y la ha autenticado el Magisterio—, la liturgia, la doctrina y el ejemplo de Cristo.

Finalidad de la catequesis es iniciar en la fe bajo el influjo de las fuentes mencionadas, llevar a la aceptación de la Palabra de Dios y a la Eucaristía como centro de la vida eclesial y promover un estilo de vida que sea testimonio del misterio de Cristo.

Los medios para mantener vivo el compromiso cristiano son la Sagrada Escritura, la liturgia, la meditación y la contemplación en la experiencia de la comunidad. Las actividades de participación y de servicio desarrolladas por la comunidad cristiana impregnan la sociedad del espíritu de justicia, que es parte integrante de la catequesis. Tales fuentes, respuestas y actividades, iluminan gradualmente con sentido cristiano el proceso a través del cual el fiel va madurando en y para el mundo de hoy. La función de la catequesis es poner la realidad de Cristo en relación con las situaciones concretas, de la vida. Al hacer esto, el catequista debe ser consciente de la presencia de la gracia en sí mismo y en los demás, de las propias posibilidades y limitaciones, de la

eficacia del lenguaje, los símbolos y las actitudes culturales, de la presencia de otras aportaciones que pueden consolidar sus esfuerzos, de la contribución de otros sistemas de valores, de la gradación de las metas que se pretenden alcanzar y de la necesidad de concentrar los principios que pueden ofrecer sentido y motivo a las situaciones concretas de la vida.

También en la catequesis tienen las motivaciones una importancia primordial. Demostraremos que el misterio de Cristo constituye la mejor motivación, aunque no la única, si lo presentamos de manera auténtica, realista y sencilla, y si los que escuchan pueden tener la experiencia de un encuentro con Cristo viviente en la realidad concreta de una comunidad de fe, de culto y de caridad. Las pequeñas comunidades favorecen de manera especial, aunque no única, tal experiencia de encuentro. Por eso hay que fomentarlas como condición y resultado de la catequesis.

Es sabido que muchos sacerdotes y padres de familia están profundamente desazonados y recelosos en vista del estado actual de la catequesis. Si se transmite una visión integral y auténtica de Cristo y de la fe, desaparecerá la mayor parte de tal recelo y desazón.

Muchos catequistas desean que se respalden sus esfuerzos por catequizar según el deseo de la Iglesia. La presentación decidida del Cristo de la fe les servirá de sostén y aliento.

En un mundo contagiado de secularismo y de materialismo y al mismo tiempo en busca de sentido y esperanza, es indispensable el prestigio espiritual de la Iglesia y de su doctrina. La duda y la incertidumbre acerca de Cristo y de su mensaje obstaculizan el trabajo del catequista y engendran angustia en multitud de fieles.

Cristo, nuestro maestro, es el primer catequista. La catequesis debe aprender de El sus métodos.

### *Grupo Inglés C*

Recalca que el misterio de Cristo es el centro de toda catequesis. Jesucristo es el cumplimiento de los acontecimientos y de los signos del Antiguo Testamento, a través de los que Dios se reveló gradualmente a su pueblo. En el ámbito de la historia de la salvación El es el centro del mensaje evangélico.

Respecto al tema "fe y compromiso", se advierte que la fe personal, don de Dios, debe buscar su alimento en la oración y en el conocimiento cada vez más profundo de la voluntad divina. La catequesis favorece la maduración de la fe. El cristiano debe hacer patente su compromiso mediante el ejemplo personal. En virtud del bautismo, el cristiano participa de la vida y misión de la Iglesia y está comprometido con Cristo y con la Iglesia.

El cristiano, cualquiera que sea su vocación o ministerio, ofrece su testimonio en el trabajo diario. Todos, cada uno según su capacidad, son responsables de la catequesis, cuyo punto de partida es siempre la situación concreta en que el hombre se encuentra. Es tarea del catequista preparar y exhortar a los cristianos, sobre todo a los jóvenes, a que trabajen en ese sentido. El compromiso que hoy día se pide al cristiano tiene que ser más específico y más radical que la idea genérica de pertenencia impersonal, que prevaleció en el pasado.

Se observa que los jóvenes de hoy exigen coherencia en las obras y están dispuestos a abrazar grandes ideales, pero sin aceptar un vínculo religioso formal. Para que estos jóvenes que están al margen participen plenamente en la comunidad, los catequistas han de responder a sus demandas reales. Para

llevarlos después a la vida sacramental, será necesario ante todo ayudarles a sentir la necesidad de un guía espiritual. A este propósito serán útiles las experiencias de renovación y de retiro espiritual. La búsqueda de autenticidad por parte de los jóvenes proviene en muchos casos de su inseguridad. Es preciso ayudarle a encontrar la seguridad en Cristo. Los catequistas, como también los jóvenes, deben tener espíritu de sacrificio, de pobreza y de sencillez. Los jóvenes podrán vivir una experiencia nueva de unión con Cristo ocupándose de los pobres y compartiendo su situación.

Sobre el tema "Nuevas perspectivas de la catequesis" se advierte que uno de los mayores problemas que tienen planteados los catequistas es el de anunciar el Evangelio de modo adecuado a las distintas edades y culturas, sin menoscabo del contenido del mensaje.

Hoy día hay muchos métodos nuevos de catequesis y al mismo tiempo los receptores de la Palabra de Dios están sujetos a muchas influencias. En el anuncio del mensaje evangélico es necesario servirse del lenguaje actual y utilizar los medios más seguidos por el pueblo.

Se siente la necesidad de un texto que contenga las líneas fundamentales de la doctrina de la Iglesia. Las fórmulas para aprender de memoria han de ser aquellas que estén centradas en Cristo, basadas en el Evangelio y adaptadas a las situaciones y a las personas.

Se recuerda asimismo la responsabilidad de la comunidad en la acción catequética. Las pequeñas comunidades cristianas han de estar centradas en Cristo, deben sentirse parte de la Iglesia universal y medio de salvación para los propios miembros y para los demás.

La parroquia, la familia, la escuela y las organizaciones seculares son en sí mismas verdaderas comunidades, pero en la catequesis no deben actuar con independencia las unas de las otras.

El Estado tiene el deber de proporcionar una educación conforme a los deseos de los padres. La escuela católica desempeña una función insustituible, pero requiere una estrecha colaboración entre padres, sacerdotes y profesores. Los religiosos son dignos de elogio por el trabajo desarrollado en las escuelas. Cualquier decisión en orden a relegar su actividad fuera de la escuela debe ser sometida a los Pastores de la Iglesia local.

Cuando no es posible impartir la catequesis en la escuela, la comunidad local debe interesarse en conseguir profesores cristianos comprometidos y debe asesorar a los padres.

Puesto que el papel del sacerdote en la catequesis es de vital importancia, hay que buscar medios adecuados de preparación catequética, especialmente por lo que se refiere a los métodos modernos.

El obispo es el catequista principal de su diócesis. Debe garantizar que la catequesis sea ortodoxa y conforme a las necesidades de su grey. Es responsable de la formación de los catequistas, con los cuales debe establecer lazos de confianza mutua y de coparticipación en el apostolado. Podrá ser útil que el obispo confiera el mandato oficial a los catequistas ya preparados. Es necesario el reconocimiento profesional y eclesial de los catequistas; algunos países tienen planteado el problema de la retribución justa. El catequista tiene que estar formado espiritualmente y ha de poseer un buen conocimiento de las Escrituras y una adecuada competencia en la doctrina de la Iglesia.

Hay que hacer nuevos esfuerzos por introducir o incrementar la enseñanza de la justicia social en las escuelas. Hay que prestar especial atención a la doctrina moral. Muchos jóvenes de hoy necesitan conocer mejor las orientaciones

de la Iglesia en el campo de la ética sexual. También hay que ayudar a los padres en orden a la educación sexual de sus hijos.

La amplitud de las cualidades que debe reunir el buen catequista demuestra cuán importante es su labor y cuán preciosos los sacrificios de su vocación.

### *Grupo Francés A*

Desarrolla su relación en cinco puntos:

a) Los aspectos de la catequesis. Toda catequesis comprende tres aspectos o elementos: el conocimiento de la Palabra, la celebración de la fe en los sacramentos y la profesión de la fe en la vida diaria. Los tres se implican mutuamente, de suerte que no se da el conocimiento de la Palabra sin la celebración de los sacramentos y sin el testimonio diario, y viceversa. Metodológicamente puede empezarse por cualquiera de los tres aspectos, siempre y cuando se observe este principio. Se pide, por consiguiente, que dicho principio sea propuesto abiertamente como fundamental en el documento final del Sínodo, y que los teólogos y los exegetas colaboren con los propios Pastores y con los expertos en catequesis.

b) La catequesis como actividad de la comunidad. La catequesis es obra de la comunidad. Toda comunidad es una parcela de la Iglesia, aunque haya diferencias entre las distintas comunidades por razón de su extensión (parroquias, pequeñas comunidades, "comunidades de base") o de su índole (de apostolado, de oración). La comunidad ha de poseer siempre algunas características o signos eclesiales, a saber: debe estar animada por el ministerio pastoral, abierta a las demás comunidades y sobre todo a la Iglesia universal, celebrar los sacramentos, vivir en la caridad y cuidar celosamente la acción misionera. Por eso el documento final del Sínodo debería formular algunas propuestas, relativas por ejemplo a selección y formación de los catequistas, dedicación plena a los agentes de la catequesis, coordinación de los órganos catequéticos con los dicasterios romanos. Esta coordinación tiene como finalidad instaurar y organizar centros de formación catequética, especialmente en las Iglesias locales más jóvenes, así como preparar congresos internacionales para indicar rumbos seguros en las distintas situaciones culturales. Se manifiestan favorables a las comunidades neo-catecumenales o análogas.

c) La catequesis y la regla de fe. La catequesis se basa en la Palabra de Dios que permanece y crece. Compete a los obispos, que son sus ministros, custodiar la única fe. Esta unidad, que es regla de fe, la propone y aplica la Iglesia a las distintas exigencias históricas y geográficas, es decir, a las distintas culturas, mediante signos e imágenes. Por eso se manifiesta el deseo de que en la práctica la catequesis tenga en cuenta la diversidad de los catequizandos, especialmente de los niños y se cultive la memoria de modo que los fieles, desde su niñez, aprendan oraciones, fórmulas y símbolos de la iniciación cristiana, donde encontrarán alimento para la fe.

d) La catequesis en las dimensiones esenciales y en el compromiso diario. La fe que convierte al hombre entero a Dios implica el compromiso del testimonio diario; por eso la catequesis exige hoy la exposición de los aspectos existenciales del orden social, económico y político, en conexión con los problemas nacionales e internacionales, con el fin de formar a cada individuo de modo que colabore en las causas de la justicia y de la fraternidad, evitando horizontalismos que contrastan con el reino de Dios. Por ello, la catequesis juvenil podrá —y a veces deberá— partir de las profundas aspiraciones del hombre contemporáneo a un mundo más justo, presentando luego a Cristo como Salvador. Así se crea en el catequizando el sentido crítico y evangélico de la existencia

y la justa valoración de los acontecimientos. A este propósito se formulan algunas propuestas: que la catequesis favorezca la promoción humana, inculque la justicia social y exprese con claridad el compromiso cristiano.

e) La dimensión misionera y ecuménica de la catequesis. Puesto que se la considera muy importante, se formulan algunas recomendaciones que se refieren en particular al uso de los medios de comunicación social, especialmente la radio y la televisión. La catequesis tiende siempre a dilatarse en sentido ecuménico y misionero.

#### *Grupo Francés B*

Observa que la catequesis incluye entre sus elementos el conocimiento de la Palabra de Dios, la vida sacramental, el testimonio y el compromiso. El conocimiento de la Palabra de Dios no se consigue con una simple presentación fragmentaria de textos bíblicos. Hace falta un hilo conductor que permita captar el sentido, es decir, la historia de la salvación que se realiza en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. La catequesis debe despertar la conciencia de las responsabilidades personales en el campo de la fe. En la vida litúrgica encontrarán los cristianos el punto de referencia y el alimento para su vida de fe. Es de desear que se adapte la liturgia a las comunidades que la celebran y que se promueva la búsqueda de cantos e imágenes que, conjugando la belleza de los signos con el significado religioso, permitan a los lugares de culto y a la celebración "hablar" a la gente.

La catequesis se basa en la vida de la comunidad eclesial; esto supone que los miembros de esa comunidad han sido ya evangelizados, y que reconocen en Jesús al Señor que murió y resucitó por nosotros, y vive entre nosotros. Una comunidad así puede cumplir su misión catequética en cuanto es una comunidad eclesial viva. Pero la comunidad no es fin en sí misma, sino que debe promover la fe de sus miembros. Se considera muy útil la ayuda mutua entre las Iglesias de antigua tradición cristiana y las Iglesias jóvenes.

La catequesis de los niños y de los jóvenes depende en parte de la fe de los adultos.

Al impartir la formación en la fe y al proponer los textos que ofrecen consistencia a la fe —memorización de textos bíblicos, oraciones comunes, formulaciones de la fe—, los adultos deben buscar una catequesis más adecuada, con la colaboración de catequistas y catequizandos. Se pide la valoración de la catequesis de los adultos; debe durar toda la vida e incluso debe implicar un catecumenado, con el fin de penetrar cada vez más a fondo en el espíritu del Evangelio.

Para asegurar una catequesis auténtica y adaptada a los catequizandos, hay que tener presente que en algunos países, a causa de los cambios verificados en el mundo, están en peligro no sólo elementos socio-económicos, sino también las ideas y los elementos constitutivos de nuestra fe. Son causa de desorientación para muchos fieles algunas tesis que ponen en duda puntos esenciales como la fe en Jesucristo, el significado de los sacramentos y el sentido de la realidad del más allá, así como la moral cristiana.

Los jóvenes han de estar preparados para sostener la confrontación con otras religiones y con el ateísmo, así como para saberse presentar con su fe cristiana. Es de desear que se reafirmen hoy día los datos esenciales de la fe, pero con un lenguaje que corresponda al espíritu de la *Evangelii nuntiandi*. Este trabajo deberán llevarlo a cabo teólogos y catequistas en estrecha colaboración con la Secretaría general del Sínodo y con su Consejo.

¿Cómo conciliar la ortodoxia de la fe con la adaptación a las situaciones,

a la edad y a la experiencia de los catequizandos? Esto incumbe al obispo en comunión con el Papa y con todo el Episcopado. Misión suya es garantizar tal ortodoxia. Por una parte, hay que tener en cuenta que los símbolos aseguran la autenticidad de la fe, sean cuales fueren la época y la cultura que los acogen, y que la liturgia sigue teniendo una función esencial en la catequesis; pero por otra parte, es preciso también caminar al paso de los catequizados.

Dada la importancia primordial de la formación de los catequistas, se desea que ésta sea parte integrante de la preparación para los ministerios del diaconado y del presbiterado, y que las religiosas y los religiosos que viven "en el mundo" sepan descubrir la importancia de la catequesis. Se insiste en la importancia de los centros de formación y actualización para los catequistas.

Respecto a la inculturación de la fe se observa que no es tarea del Sínodo al que corresponde afirmar resueltamente la necesidad de una investigación en este sentido. Esta investigación debe ser realizada en colegialidad —en el ámbito de las Iglesias situadas en una misma área cultural— y en relación con la Iglesia universal unida al Sucesor de Pedro. La inculturación ha de realizarse sin que los futuros catequistas sean desarraigados de sus ambientes, y la Iglesia debe prestar ayuda en este sentido.

El Derecho Canónico mantenga como esencial lo que puede ser universalmente válido, por fundarse en el Evangelio leído a la luz de la Tradición de la Iglesia.

Es de desear que las orientaciones de la *Evangelii nuntiandi* acerca de la inculturación sean puestas en práctica bajo la responsabilidad de las Conferencias Episcopales en comunión con la Santa Sede. Reconózcase la necesidad de una formación adecuada sobre la catequesis y los medios de comunicación social, gracias a los cuales es posible llegar tanto a los creyentes como a los no creyentes. Para muchos cristianos, privados actualmente de las libertades fundamentales, la radio es un conducto que nutre su fe y les permite sentir la presencia amorosa de la Iglesia.

Se reconoce la importancia de Radio Vaticano y se desea que la emisora sea escuchada en el mundo entero y pueda disponer de los medios necesarios para ello; es preciso revisar el estilo y el contenido de las transmisiones, y que los responsables tengan no sólo competencia técnica, sino también buena experiencia de evangelización y de catequesis.

Se concluye con algunos interrogantes. ¿Se debe hablar del "ministerio" de la catequesis, en el sentido canónico del término? Hay opiniones distintas. Otro problema se refiere a la vida de la Iglesia de aquellas personas que no han recibido los sacramentos. Algunos casados ya según las costumbres de su país, descubren la fe cristiana. ¿Puede aceptarse esa situación invitándoles a vivir según el espíritu del Evangelio? ¿Se puede acceder a su deseo de participar efectivamente en los sacramentos? El mismo problema se plantea respecto a los matrimonios de los divorciados.

Nos hemos preguntado igualmente acerca de la actitud que conviene adoptar respecto a las comunidades espontáneas.

#### *Grupo Alemán*

Tratando sobre los criterios de la catequesis, advierte que toda la actividad catequética debe ser valorada de acuerdo con la finalidad de alimentar la fe personal en la vida (criterios existenciales). La fe cristiana está siempre en relación con la Iglesia (criterio eclesial). El compromiso cristiano exige una profunda vinculación entre la verdad y la vida, y la catequesis demuestra que

la fe en Jesucristo impulsa tanto a los individuos como a los grupos a renovar su vida.

De la relación entre la Palabra de Dios y la celebración y confesión de la fe se desprende la necesidad de no separar la catequesis del precepto de la caridad. Puesto que el compromiso cristiano exige la apertura a todas las cuestiones de nuestra sociedad, es necesario que la catequesis tenga en cuenta la doctrina social de la Iglesia. Los que se dedican a la actividad catequética han de tener una vida espiritual profunda, que confiera credibilidad a su anuncio. En efecto, el compromiso social y el compromiso espiritual no se excluyen, sino que éste garantiza y rectifica aquél.

Es preciso poner bien de relieve que la fe es una respuesta; la iniciativa proviene siempre de Dios a través de su palabra y obra salvífica, y el hombre responde con la fe, la esperanza y la caridad. En el misterio de Cristo queda superada toda falsa dicotomía entre compromiso social y vida espiritual, entre ortodoxia y ortopraxis. El esfuerzo ascético debe llevar a un estilo de vida conforme con la cristiana y capaz de responder a las provocaciones derivadas de la actual condición social. El estilo de vida verdaderamente cristiano supone algunas actitudes fundamentales: oración individual y familiar, costumbres cristianas, convivencia fraterna, conocimiento de los valores y normas morales evangélicas, atención a los pobres mediante las obras de caridad, discernimiento de las múltiples corrientes actuales de pensamiento a la luz del Evangelio y la doctrina de la Iglesia, capacidad de sacrificio y de dominio de la sexualidad, concepto exacto de lo que es la Iglesia, sintonía con ella, dimensión escatológica, conciencia de que la Iglesia está al servicio de la salvación universal y amor incondicional a Cristo.

La catequesis debe proponer motivaciones auténticas. La fe viva debe enlazar íntimamente con la experiencia y con las dificultades del hombre actual. Por eso, no sólo se debe compartir la experiencia de los demás, sino que es preciso también que los demás compartan la experiencia de la fe. Puede ser útil vivir esa experiencia en pequeñas comunidades, pero éstas deben sentirse insertas dentro de la comunidad eclesial.

El que tiene fe ha de ser capaz de juzgar no sólo a la sociedad, sino también a sí mismo. El párroco es el primer artífice de la catequesis, pero no el único. Las formas más importantes de la catequesis son la preparación para los sacramentos y para la liturgia. Las Iglesias de antiguo origen presten la debida atención a las experiencias que las Iglesias jóvenes están realizando en materia de catecumenado. Hay que tener muy en cuenta las iniciativas referentes al neocatecumenado; sin embargo, no parece que el catecumenado deba ser impuesto por ley eclesiástica. Nadie puede sustituir a los padres en sus deberes respecto a la catequesis de sus hijos. La catequesis escolar es una ocasión óptima para encontrar a los cristianos no prácticamente y, por consiguiente, para prestar un servicio pastoral que no está al alcance de las comunidades. Hay que hacer lo posible para que la catequesis pueda expresarse con los medios propios de cada cultura y de cada generación. En los países europeos es menester esforzarse por defender la cultura occidental cristiana, a fin de que no se pierdan los valores engendrados por ella, sino que se conserven para la formación cristiana personal y social de las futuras generaciones.

La cuestión de si hay que introducir o no un ministerio específico para la catequesis, merece ser estudiada más a fondo.

La tecnología actual somete al hombre a múltiples cambios: la turbulencia de las informaciones impide la plena autodeterminación; el predominio industrial oscurece los problemas metafísicos; se pone en tela de juicio la doctrina

moral; la concentración urbana debilita el sentido de la pertenencia parroquial. La catequesis ha de tener en cuenta estas situaciones, despertando el deseo de meditar, suscitando en los jóvenes el sentido religioso y exaltando la sinceridad. La catequesis no debe apuntar sólo al desarrollo humano, sino sobre todo a los valores específicos cristianos.

¿Qué decir del problema de un texto único de catecismo? Se han expresado dos opiniones. Unos piensan que se debe elaborar un catecismo válido para todo el mundo, que salvaguarde mejor las verdades de la fe; cada Conferencia Episcopal adaptaría este texto a su propia región. Pero la mayoría no cree que el texto prestaría un verdadero servicio. Es suficiente que el Magisterio supremo presente de manera clara los principios de la fe y de la moral; las Conferencias Episcopales redactarían después textos catequísticos adecuados, teniendo siempre la Sagrada Escritura como fuente primera y principal.

La catequesis debe tener conciencia de la crisis de valores morales que afecta a la región cristiana en cuanto tal. Las principales dificultades conciernen a la moral sexual. Es preciso explicar el sentido positivo de la sexualidad, pero de modo que no resulte superada por la moral global. La moral no debe aparecer como limitación de la libertad, antes bien, hay que demostrar que Cristo conquista al hombre para la libertad. Es urgente asimismo el diálogo entre los obispos y los teólogos, con el fin de llegar a un lenguaje único. La catequesis tome en consideración las exigencias del ecumenismo, por más que no pueda recomendarse de modo genérico una enseñanza común para las distintas confesiones. La catequesis ha de ser cristocéntrica, lo cual quiere decir que su finalidad no es la mera exposición de un sistema de verdades, sino la instauración de una relación personal con Jesucristo. Por su naturaleza, la catequesis encamina a Cristo, es decir, supone la comprensión de la persona de Cristo en su plenitud.

Al hablar de participación activa en la catequesis, no conviene usar el término "receptores" sino "participantes", adaptando la enseñanza a los problemas de éstos y abriendo su mente toda entera a la Revelación. Al derecho de impartir la catequesis corresponde el deber de aceptar su servicio. Toda la comunidad de los fieles debe poner empeño en la propagación de la Revelación divina. Las dificultades que encuentran algunas naciones en este terreno han dado ocasión de reflexionar más a fondo sobre el derecho a la catequesis. Este se funda: en el derecho de la persona a la verdad y al amor; en el derecho de los padres a la educación de los hijos, y en el derecho de la Iglesia a predicar el Evangelio. Este derecho a la catequesis se manifiesta: en la libertad de reunirse para la catequesis y de crear las condiciones necesarias para la misma; en la posibilidad de publicar textos idóneos para los niños y para los maestros; de impartir la catequesis a los minusválidos físicos o mentales; de utilizar los medios de comunicación social para la catequesis, y de retribuir a los catequistas proporcionándoles una seguridad social.

#### *Grupo Español-Portugués A*

Propone algunos criterios para discernir una catequesis auténtica en la Iglesia de nuestro tiempo. La catequesis, en cuanto no separable de la evangelización, implica en sí la unidad de los elementos siguientes: conocimiento de la Palabra de Dios, celebración de la fe (o de la salvación) en los sacramentos, el seguimiento de Cristo con el testimonio de la vida cotidiana y la actividad apostólica y misionera. Tal unidad se conjuga con la capacidad de adaptación a las distintas culturas, a las aspiraciones auténticamente humanas y a las exigencias de los signos de los tiempos. De ahí deriva un compromiso concreto

respecto a los problemas actuales. Tal compromiso será cristiano en la medida en que se inspire en las fuentes de la fe (amor de Dios Padre, salvación obrada por Cristo con la fuerza del Espíritu Santo), en el sentido eclesial y en la preocupación de los hombres de nuestro tiempo. De ahí se desprenden las distintas funciones del creyente según sus propias responsabilidades eclesiales y civiles.

Para superar la posible dicotomía entre fe y vida, es preciso iniciar a los jóvenes en un testimonio que sirva de levadura en la sociedad; es preciso asimismo que los pequeños grupos hagan revisión de vida. Hay que evitar, además, que la catequesis de los jóvenes sea fragmentaria o incompleta.

La centralidad de Cristo en la catequesis debe comprometer por completo también en el testimonio de cada día.

Los lugares o ámbitos de la catequesis son la familia, la parroquia, las comunidades religiosas, la escuela católica y las otras instituciones educativas o comunidades catecumenales. Para que estos lugares o comunidades celulares sean verdaderamente eclesiales es necesario que tengan estas notas características: una conciencia clara de su vinculación con Cristo y Dios Padre (*unus Deus*); la Palabra de Dios en orden a conocer el plan divino en favor de los hombres (*una fides*); la celebración de la fe, especialmente en los sacramentos (*unum baptisma*); la oración comunitaria e individual, la convivencia fraterna en la caridad, la conciencia de su misión en el mundo entero y el reconocimiento de la propia limitación.

Se alude de modo especial a las funciones peculiares de las Universidades católicas.

Son muy importantes las posibilidades catequéticas del catecumenado y de la praxis litúrgica. Asimismo la catequesis es vehículo de penetración misionera y universal en el ámbito de las culturas y fuerza unificadora entre los miembros de la Iglesia, bajo la dirección del obispo. Hace falta una sensibilidad especial para exponer las verdades centrales de la fe y organizarlas en la catequesis según la "jerarquía de las verdades".

Las líneas para la renovación de la catequesis han de inspirarse en la comunidad apostólica. Pero hay que adaptar ese principio a las situaciones nuevas de nuestro tiempo: la pobreza y la vida evangélica abren el camino de la libertad en un estilo de vida propio y característico; asimismo, el compromiso civil se expresa en la defensa de la justicia y de los derechos humanos. Hay que prestar especial atención a las personas que más necesidad tienen del Evangelio (soldados, artistas, políticos, enfermos, emigrantes). La catequesis se confrontará con los valores del mundo secularizado, sin descuidar la enseñanza de la oración y de la moral y revalorizando la piedad popular.

Se manifiesta el deseo de que este Sínodo pida al Santo Padre la constitución de una Comisión Internacional de peritos de teología moral, para esclarecer los principios fundamentales de la moral cristiana y su aplicación a los nuevos problemas surgidos en el mundo actual.

Ha de favorecerse la figura del obispo como catequista itinerante, animador de comunidades, con quien están estrechamente unidos los sacerdotes.

El catecumenado en sentido estricto es transitorio, mientras que la catequesis ha de durar toda la vida. Hay que distinguir el catecumenado como acceso al cristianismo y la recuperación de los bautizados en torno a los sacramentos de iniciación, de la catequesis de adultos y la formación permanente. Algunos padres piden que el Sínodo insista sobre la necesidad del catecumenado en sentido amplio en las diócesis, para promover la conversión y avivar la fe.

El obispo debería discernir los Movimientos catecumenales "por dentro",

así como revitalizar los momentos fuertes de la liturgia, como Cuaresma y Pascua.

### *Grupo Español-Portugués B*

Se detiene ante todo analizando los conceptos de catequesis auténtica, como también de compromiso cristiano y su explicación. La catequesis, de la que se da una descripción y una definición, es entendida como proceso de profundización y de transmisión del contenido de la fe. La catequesis se distingue de la teología, aunque ambas están íntimamente relacionadas.

La catequesis auténtica se caracteriza por la fidelidad al Evangelio y al Magisterio, por el respeto a la situación concreta del hombre y a las aspiraciones de la humanidad, y por la formulación de los criterios de una moral genuinamente cristiana.

La autenticidad del compromiso cristiano exige la profesión de la fe en la vida cotidiana, no considerada de forma individualista sino teniendo conciencia clara de su inserción en la comunidad eclesial.

La catequesis supone la explicitación de la fe en la Trinidad. Por lo que se refiere a la cristología, es necesario superar las opiniones de los que aceptan a Cristo hombre y no Dios; a un Cristo político y revolucionario, y no al Cristo presentado por el Evangelio, liberador integral, salvador; de los que aceptan a Cristo en algunos miembros y no en otros; de los que aceptan a Cristo y no a la Iglesia.

La catequesis implica también la explicitación eclesiológica, la superación de toda parcialidad y una visión peculiar del hombre y de la historia basada en la fe, que lleva a un comportamiento consecuente en cualquier ambiente y situación.

Hay que entender adecuadamente el compromiso social, sin olvidar la esfera personal y sin ensombrecer valores como la vida de gracia, la oración y la conciencia del pecado personal. El compromiso social no puede reducirse a simple humanismo. El amor a los pobres no debe llevar a desatender la evangelización de todos. El compromiso ha de apoyarse en convicciones firmes y no en "sentimentalismos" que se vienen abajo ante las dificultades.

Se advierte a continuación que hay distintos tipos de comunidades según los miembros, la edad y la proveniencia rural o urbana. En las Iglesias particulares o diócesis tienen sitio la parroquia, la familia, la escuela y otras pequeñas comunidades, como son las "comunidades eclesiales de base". La parroquia sigue siendo una institución válida, que debe renovarse continuamente para ser verdadera comunidad aun en sus distintas formas. La influencia de la familia es considerable, aunque en ella repercuten otras instituciones y ella sola no puede desempeñar todas las funciones educativas. La familia es la "pequeña Iglesia" donde nace y crece la fe merced a la evangelización por parte de los padres, que deben ser los primeros catequistas de sus hijos.

La escuela ha de constituir una comunidad de evangelización. Es necesario tutelar la libertad religiosa en la escuela, aun frente a los Estados —los totalitarios sobre todo— que ejercen fuertes presiones en este campo. Las comunidades eclesiales de base no deben ser mera estrategia pastoral, sino un modo de vivir el misterio de la Iglesia a nivel de conocimientos y de relación interpersonal. Los Pastores han de prestarles particular atención. Es preciso instaurar entre las diversas comunidades íntima relación y complementariedad. El catequista no sólo debe transmitirles su propia experiencia de fe, sino que debe reflejar también la experiencia de toda la Iglesia. Tales comunidades deben dis-

tinguirse por la alegría, la fidelidad, la esperanza y la generosidad, en plena comunión con el obispo.

Los grupos juveniles deben ser semilleros de catequistas y de vocaciones. El proceso catecumenal es necesario como noviciado de la vida cristiana aun para los que ya han recibido el bautismo. Es preciso asignarle un contenido, una gradación y una duración; hay que discernir bien las diversas experiencias y señalarle una cierta obligatoriedad, especialmente en relación con la confirmación. Son aspectos positivos de tales experiencias la lentitud y minuciosidad del proceso, la falta de sentimentalismo, la seriedad del testimonio. Se registran algunos peligros, como son ciertos ribetes de aristocracia, cierta tendencia a formar comunidades cerradas, no reconocer suficientemente el papel del sacerdote, su empeño a veces exclusivo por la oración y la meditación de las Escrituras sin prestar atención al compromiso social, aunque a veces sucede lo contrario.

La inserción cultural de la catequesis es una exigencia de la encarnación de la Iglesia. La cultura ha de ser asumida e impregnada por los valores evangélicos. En caso de contraste entre las expresiones culturales y el Evangelio, éste no puede ceder. No se deben canonizar las culturas, sino sólo discernir sus valores auténticos.

Es esencial que la catequesis tenga una dimensión misionera. La catequesis debe ser transmisión del Evangelio y según el Evangelio. Los cambios verificados actualmente en este campo responden a transformaciones más generales y fundamentales, como la nueva insistencia en los valores antropológicos, una nueva cosmovisión, la modificación de los métodos escolares respecto a los usados en el catecismo. La catequesis ha de tener en cuenta esos cambios. Estos pueden dar lugar a actitudes relativistas y ser ocasión de muchas incertidumbres. La catequesis debe ser diversificada, diferenciada, adaptada a las situaciones y completa en los contenidos esenciales. La catequesis tiene también su importancia apologetica, especialmente en los ambientes secularizados y embebidos de ideologías que atentan contra la fe.

Se señala el problema de cómo conservar lo esencial del mensaje dentro de la diversidad de formulaciones. Es preciso evitar el abuso de las formulaciones doctrinales al margen del Magisterio de la Iglesia y del sentido mismo de la fe. Es necesario explicar los artículos de los Símbolos en su totalidad, mostrando la relación que existe entre la formulación y la actualidad.

En cuanto a los textos, se nota progreso en la adopción de nuevas metodologías, pero se observan también muchas diversidades y algunas deformaciones que suscitan perplejidad. Si los catecismos son los instrumentos pastorales más importantes, los obispos tienen la grave obligación de ejercer vigilancia sobre ellos por el bien de toda la comunidad. El Sínodo debe hablar de ello con toda claridad. En cuanto al catecismo básico de uso universal en la Iglesia, algunos sienten la necesidad de tal texto: conciso, doctrinal, que deje los problemas concretos a las Conferencias Episcopales; otros no ven la necesidad ni la utilidad de tal texto a causa de la diversidad de las situaciones y de la extrema claridad del Directorio Catequético General.

#### *Grupo Español-Portugués C*

Con el fin de discernir la auténtica catequesis eclesial de la que no lo es, se propone esta descripción: "catequesis es una forma de educación profunda de la fe, mediante la presentación orgánica del plan de Dios, que guíe a una vida en la cual se proclama y se celebra el misterio pascual de Cristo".

La catequesis debe moverse en una línea de sinceridad con Dios, con el Magisterio de la Iglesia y con el hombre; al mismo tiempo ha de tenerse en cuenta que la fe ha de ser asumida personalmente, pero con sentido eminentemente comunitario y eclesial. La vida es, por lo demás, parte integrante de la catequesis.

Las características del compromiso cristiano pueden resumirse así: compromiso con la persona de Cristo, unidad eclesial que rechaza toda manipulación, integración del amor a Dios y al hermano —especialmente a los pobres—, comunicación del Evangelio, servicio humilde y alegre.

Hay que dar realce al valor del testimonio, ya que la catequesis no interesa a los jóvenes, si no puntualiza la dimensión del compromiso en la vida cristiana. El compromiso cristiano incluye el compromiso de transformar las estructuras, pero no se identifican pura y simplemente el uno con el otro. La religiosidad popular ha de ser utilizada por la catequesis, tratando de aprovechar los aspectos positivos de la misma y purificando los aspectos negativos que eventualmente existan.

La catequesis debe ser antropológica, prestando atención a las situaciones de las diversas personas.

Para preparar a los jóvenes a un compromiso de vida, son indispensables una cristología, una eclesiología y una antropología de acuerdo con el Magisterio genuino.

En los seminarios hay que insistir más en la formación pastoral y catequética de los futuros sacerdotes.

No se puede desarrollar una vida cristiana sin el esfuerzo del crecimiento comunitario. La catequesis debe tender a formar comunidad, una comunidad que sea a su vez catequizadora. La pequeña comunidad ha de estar siempre abierta a la Iglesia universal. Los jóvenes sienten un gran afán comunitario, pero rechazan fácilmente lo institucional; por eso, hay que presentarles un rostro atrayente de la Iglesia y llamarlos no sólo a recibir, sino a participar.

Se puso de relieve la importancia de los equipos pastorales y de las comunidades tradicionales (familia, escuela, parroquia). Es necesario también una catequesis adaptada al mundo obrero. Y hace falta en la Iglesia un catecumenado sistemático, con un claro contenido de la Palabra de Dios, de la celebración de los sacramentos y de la práctica de la vida evangélica.

La fe debe ser inserida en la cultura a través de la catequesis, que es transmisión del Evangelio y según el Evangelio. El catequista ha de saber presentar al Cristo total y vivido personalmente para hacer que lo vivan los demás; presentar el mensaje en un "lenguaje total", adaptado al mundo de hoy, y cuidando que el lenguaje no prevalezca sobre el contenido. Se pide al Sínodo que haga un llamamiento especial para el uso de la Sagrada Escritura en la catequesis.

Para renovar la catequesis se propone, entre otras cosas, lo siguiente:

1. Buscar los catequistas en las comunidades vivas. Los jóvenes, especialmente los confirmados, pueden ser buenos catequistas. Hay que distinguir los diversos tipos de catequistas; espontáneos y necesarios (padres, abuelos, etc.); especializados (para jóvenes, enfermos, etc.) y profesores. Los sacerdotes, especialmente los párrocos, no deben solamente organizar la catequesis, sino darla personalmente. En algunas partes dan buen resultado los catequistas itinerantes. Hay que fomentar en los fieles la conciencia de su responsabilidad en la vida de la Iglesia, conciencia que puede expresarse y robustecerse en la entrega voluntaria en un período de la vida al servicio de la Iglesia. Es muy

importante que el catequista sea una persona equilibrada, que irradie la alegría de haber encontrado a Cristo y que tenga trato con Dios en la oración.

2. Hay que promover los centros de formación catequística a diversos niveles: diocesano, regional y nacional. Pero es preciso que el obispo vigile los programas de dichos centros y la calidad de los profesores.

3. Por lo que se refiere a la institucionalización del "ministerio de catequista", se estima que las cosas no están aún maduras. Pero se podría comenzar a hacer experiencias, por períodos breves, dando un mandato o "misión" en la comunidad. De todas formas será siempre necesaria una vocación catequística por parte del sujeto y la condigna preparación, la aceptación de la comunidad y el llamamiento del obispo.

4. Si el catequista es asumido con plena dedicación, por razones elementales de justicia la Iglesia debe procurarle una sustentación honesta.

El obispo es y debe ser el primer catequista de la diócesis, no sólo de derecho, sino de hecho. Debe catequizar personalmente en la homilía y en las celebraciones que preside, promoviendo además la labor catequética en sus diversos sectores y aspectos. Ha de aparecer como el signo y el centro de unidad de toda la comunidad eclesial: catequistas y catequizados. Ha de ser el animador, coordinador y defensor de la catequesis ante quienes no la comprendan o no tomen conciencia de su importancia; ha de defenderla particularmente ante las impugnaciones o malas interpretaciones de autoridades públicas o Gobierno, así como propulsarla ante la proliferación de las sectas, proveyendo a una apologética recta y moderna.

Resulta muy importante el diálogo del obispo con sus colaboradores en lo que se refiere a la catequesis. Igualmente la labor del obispo como catequista en su diócesis debe desarrollarse en colegialidad con los obispos de la nación y máxime de la propia región, ya que la catequesis ha de estar encuadrada en la pastoral de conjunto.

#### *Grupo Italiano*

Advierte la necesidad de describir la naturaleza de la catequesis con método histórico-pastoral y subraya la originalidad de la catequesis en la vida de la Iglesia. La catequesis se caracteriza por ser expresión típica y privilegiada de la evangelización, presentación orgánica y cada vez más profunda del misterio cristiano, educación gradual cristiana, iniciación en la vida de la Iglesia, educación cotidiana en la coherencia entre la fe y vida según las exigencias y las posibilidades de cada fiel, autorrealización cotidiana de la Iglesia. Aspecto connatural y decisivo de la catequesis auténtica es la preocupación por resolver correctamente la relación entre la fe y vida. Es el problema del compromiso concreto de la fe.

La catequesis no puede agotarse en las situaciones de la existencia, sino que debe más bien poner de manifiesto la fuerza creadora y liberadora de la Palabra de Dios.

La catequesis ha de descubrir, principalmente a los jóvenes, que la fe posibilita la asunción más auténtica de los valores humanos; ha de presentar con rigor el cometido del hombre como protagonista de la historia.

Atendiendo a la doctrina del Vaticano II, se toman en consideración cuatro dimensiones de la catequesis: eclesial, litúrgica, bíblica y antropológica. Se plantea también la cuestión del "discernimiento", de la formación de los catequistas y de su relación con el obispo y la comunidad cristiana. Al tratar del tema "Catequesis y comunidad eclesial", se parte de la situación de los jóvenes en la Iglesia y se hacen las siguientes observaciones: la crisis actual de las

estructuras catequísticas tradicionales reclaman una renovación urgente; es importante prestar atención a las actuales experiencias comunitarias de la Iglesia; todavía se considera determinante para la catequesis la comunidad parroquial y se reconoce el gran valor de la misión catequística de la familia.

En cuanto a la catequesis de los grupos, se reconoce que el número y la variedad de las comunidades "especializadas" (familia, grupos...), suponen una riqueza para la Iglesia; pero su especialización en la catequesis ha de estar siempre en consonancia con la voluntad de Dios y con el Magisterio. La catequesis ha de servir de ayuda a la comunidad para superar los particularismos y ha de promover, tanto en los grupos como en los individuos, un compromiso apostólico y misionero que favorezca una mayor responsabilidad respecto a las demás comunidades, la Iglesia local y universal y la sociedad.

La catequesis y la teología han de proceder de modo homogéneo, ya que ambas están al servicio del Evangelio para la edificación de la comunidad cristiana y para el cumplimiento de su misión en el mundo; la disociación entre la teología y la catequesis, lo mismo que su identificación, no favorece a ninguna de las dos; hay que reanudar urgentemente esto de modo eficaz, los obispos deben asumir su responsabilidad en la materia. Ni la catequesis ni la teología pueden prescindir del Evangelio, y los textos de catecismo han de ofrecer íntegro el mensaje de la fe de la Iglesia. Hay que insistir para que también el material didáctico utilizado en la catequesis refleje plenamente la ortodoxia. Los catequistas han de saber encontrar su alimento en la teología y ser intérpretes originales de la pedagogía del Evangelio y de las sensibilidades educativas que han de aportar las ciencias humanas.

Respecto a la relación entre catequesis, ideología y cultura, se subraya la difícil situación de la Iglesia en los países donde dominan ideologías totalizantes como el marxismo, el nacionalismo, el radicalismo y el sistema liberal-burgués. La catequesis debe educar el sentido crítico y el discernimiento. Las culturas, más que las ideologías, ofrecen a la catequesis amplias perspectivas de creatividad y de dinamismo. Sin embargo, la catequesis no puede reducirse nunca a mera adaptación o interpretación de las culturas.

Se observa asimismo que la *traditio-redditio symboli* es expresión del itinerario de conversión, debe centrarse en los principales misterios de la fe y es signo de la comunión vital y orgánica con la Iglesia. La *traditio-redditio symboli*, implicando la necesidad de la formulación de la fe, plantea el delicado problema de la adaptación del lenguaje. En esta tarea es preciso estar convencidos de que también el lenguaje es gracia y participa del misterio de la Revelación. Una catequesis que gire en torno a la *traditio-redditio symboli* resuelve también, con mayor seguridad, el problema de la jerarquía de las verdades, particularmente importante en el diálogo ecuménico. Se examina con vivo interés la condición de los jóvenes en la Iglesia y en la sociedad actual. Ciertas dificultades de diálogo con los jóvenes son síntomas de la ruptura que todavía existe entre la Iglesia y el mundo contemporáneo. La Iglesia se siente interpelada directamente por los jóvenes, puesto que con frecuencia se encuentran indefensos en la situación socio-económica de nuestro tiempo y porque llevan en sí la carga más fuerte del futuro. La condición juvenil ofrece signos prometedores de disponibilidad al mensaje evangélico; pero exige que la catequesis renueve no sólo su lenguaje, sino también sus contenidos y su pedagogía.

El obispo, los sacerdotes y los catequistas tienen una misión específica en orden a la catequesis. Los obispos han de ejercer el carisma del discernimiento para dirigir la educación del Pueblo de Dios en la fe. Pero no hay que olvidar que todos los fieles, en virtud del bautismo y de la confirmación, han de ser

testigos y mensajeros de la Palabra de Dios en las situaciones concretas de la vida. Se observa también que la eventual institucionalización de la labor catequística podría ser perjudicial para el sentido de corresponsabilidad de todo el Pueblo de Dios.

Los problemas de la renovación de la catequesis han de tener en cuenta las situaciones concretas en que vive la Iglesia. En cuanto a los criterios operativos de tal renovación, la catequesis ha de tender ante todo a la transformación del hombre mediante la fe y los sacramentos; debe preferir la comunidad como sujeto de la catequesis y de la educación permanente en la fe: toda la comunidad ha de ser catequizada y debe catequizar; hay que estimular la multiplicación de grupos eclesiales y los itinerarios catecumenales, desde la edad preescolar hasta la ancianidad.

La catequesis debe centrarse en el misterio de Cristo, en torno al cual han de desarrollarse armónicamente todos los contenidos de la fe. Se desea que el Sínodo se pronuncie sobre un formulario fundamental de verdades que hay que creer y eventualmente aprender. Entre los destinatarios de la catequesis se pide que sean privilegiados los adultos, las familias y los jóvenes.

Se recomienda la vigilancia de las iniciativas promovidas para la formación de los catequistas; se insiste en la actualización catequística de los sacerdotes y de los seminaristas, así como en la instrucción esmerada de los padres. Se hace hincapié en la responsabilidad preeminente del obispo en el campo de la pastoral catequística. El es el primer catequista de la diócesis y responde de la fidelidad de la doctrina al misterio de Cristo.

#### *Grupo Latino*

Observa que la catequesis es la comunicación de la Palabra de Dios que lleva a celebrar la fe en la liturgia y a profesarla en la vida cada día. Hay que comenzar estos aspectos en una síntesis vital. En algunas regiones, la única oportunidad para impartir la catequesis es la celebración litúrgica; esto es positivo, pero no basta, sobre todo para los niños y los jóvenes. Hay que insistir para que se dé una catequesis sistemática fuera de la liturgia, aunque orientada a la liturgia.

Se señala con preocupación que no faltan autores, hasta de libros para la catequesis, que no comunican íntegramente el mensaje cristiano. A veces se dejan en la sombra incluso verdades esenciales de fe y de moral. Los niños y los jóvenes tienen derecho a conocer la doctrina en su integridad, aunque esto pueda ocasionar dificultades.

Acerca del lenguaje catequético, se observa que en algunos casos el anuncio cristiano no es comprendido por la mentalidad de determinadas zonas culturales. Los teólogos deberían estudiar el modo de transmitir el cristianismo con fidelidad y sentido de adaptación.

La actividad catequística, en las distintas iniciativas y programas, ha de desarrollarse siempre en conexión y dependencia de la "caridad pastoral" del obispo. Los grupos denominados carismáticos y las distintas clases de catecumenado han de ser enjuiciados a la luz de las directrices del Magisterio.

Las comunidades catequéticas, aunque pequeñas, si bien no son imágenes de la Iglesia a la manera de las asambleas litúrgicas, son en cierta medida momentos de realización de la Iglesia. La diócesis y la parroquia han de ser el centro de referencia de las diversas iniciativas de catequesis. A la familia hay que recordarle su responsabilidad en el campo catequético: los padres no sólo deben cumplir su función formativa, sino también crear en la casa un clima religioso y encontrar tiempo para dedicárselo a sus hijos en este sentido.

El derecho a la catequesis es propio de la persona llamada a desarrollarse en la verdad y en el amor, tanto a nivel individual como social; es propio de la familia, que debe poder escoger la educación de los hijos; y es propio de la Iglesia, que tiene la misión de predicar el Evangelio. Consiste en poder asistir a la catequesis sin encontrar dificultades, en disponer de los medios para que pueda tener lugar la catequesis (locales, tiempo oportuno, posibilidad de imprimir libros, de utilizar los *mass-media*, etc.). A tales derechos corresponden deberes por parte de la Iglesia. Se pide al Sínodo que se pronuncie claramente sobre el derecho a la catequesis.

Se ha reflexionado sobre la necesidad de que la catequesis sea cristocéntrica. La sustancia vital del mensaje cristiano es que Dios se reveló en Cristo por obra del Espíritu Santo; que en Cristo Hijo de Dios encarnado que murió y resucitó, Dios ofrece la salvación a todos los hombres; que el amor a los hombres, consecuencia del amor de Dios, es el centro del Evangelio. Hay que iniciar a los niños y a los jóvenes en la experiencia del encuentro personal con Cristo, especialmente en la oración. No podemos limitarnos a proporcionarles una información o conocimiento intelectual. A este propósito, la catequesis ha de estar impregnada de oración. Cristo debe ocupar el centro de la catequesis, no sólo como la verdad más importante, sino sobre todo como presencia viva: El es quien enseña, actúa y salva en el grupo mismo de los catequizandos.

Acerca de la importancia de la memoria en la catequesis, se afirma que ninguna memorización puede prescindir de una interiorización adecuada. Entre las fórmulas que deben ser aprendidas de memoria, se aconsejan textos particularmente expresivos de la Biblia, principalmente del Nuevo Testamento y de la liturgia. El compromiso cristiano se resume en el seguimiento de Cristo; ha de evitar los peligros del horizontalismo, tener carácter eclesial y concretarse al ámbito de las Iglesias locales, sobre todo las parroquias; por ejemplo, a través de la catequesis y de la ayuda a las familias necesitadas espiritualmente o materialmente, oponiéndose al materialismo y al hedonismo y promoviendo la justicia social. Ese compromiso es mucho más fácil y creativo cuando es asumido comunitariamente por ambientes cristianos maduros.

Se observa que la fe no puede separarse de la vida. Por tanto es necesaria la relación personal con Cristo, especialmente para quien se dedica a la catequesis. Se recuerda la validez del examen de conciencia, de la oración personal y de la meditación; tanto es así que hoy día muchos van buscando tales valores en las religiones no cristianas.

La catequesis se relaciona estrechamente con la vida diaria, por lo que es necesario hacer uso de los ejemplos concretos de la vida. No hay que olvidar que Dios continúa hablándonos e interpeándonos por medio de los acontecimientos de cada día; la catequesis ha de enseñar a descubrir su sentido y a suscitar la respuesta.

Se dedica mucha atención a la dimensión ecuménica de la catequesis. La catequesis común para distintas confesiones o religiones suscita perplejidad, aun siendo a veces inevitable. Se ha convenido que sólo puede adoptarse en casos especialísimos, bajo la vigilancia de las Conferencias Episcopales, encomendándola a personas cualificadas y teniendo como norma la catequesis católica; no debe ser adoptada cuando haya peligro de indiferentismo o de que se entienda que todas las religiones son iguales.

La catequesis se relaciona estrechamente también con las distintas culturas. Pero hay que procurar que la inculturación no menoscabe el depósito de la fe ni los principios esenciales de la moral cristiana. La catequesis debe arraí-

gar en las culturas y desarrollar sus valores auténticos, pero también tiene que impregnarlas para que expresen los valores cristianos.

En cuanto a los receptores de la catequesis, se habla especialmente de los enfermos, de los niños en edad preescolar y de los jóvenes de ambientes obreros. Para estos últimos tiene gran importancia el espíritu de emulación y de ayuda mutua.

Se observa, finalmente, que la formación de los catequistas a veces es insuficiente, y que ha de abarcar también aspectos de carácter ascético y pedagógico. Se desea que se esclarezca más que la vocación de los catequistas es vocación peculiar y misión en la Iglesia.

## II

### II. Síntesis de las 34 Proposiciones presentadas al Papa.

Las proposiciones contenidas en el "*Elenchus propositionum de catechesi hoc nostro tempore tradenda praesertim pueris atque juvenibus*" son 34 y están divididas en seis series. Una vez votadas y aprobadas por la asamblea serán presentadas al Sumo Pontífice. A este propósito se comienza preguntando a los padres si desean que el Papa ofrezca a la Iglesia universal un documento sobre la catequesis, como hizo a raíz de la Asamblea sinodal de 1974 publicando la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*.

#### Primera serie de proposiciones

Para que la renovación de la catequesis sea auténtica y evite peligros y desviaciones, es preciso salvaguardar la armonía entre la fe y la vida, dar la debida importancia a la Sagrada Escritura y a la liturgia, insistir en la dimensión comunitaria de la experiencia y ofrecer una visión clara de las realidades temporales. La promoción y recta orientación de esta labor catequética constituye hoy día el quehacer fundamental y principal de la pastoral. Por eso la Iglesia desea volver a examinar el concepto de catequesis, las instituciones y las personas dedicadas a la misma, los lugares, medios y coordinación de la actividad a nivel diocesano, regional y universal.

La catequesis dispone al hombre a fin de que aceptando a Cristo llegue al Padre y consiga la plenitud de la vida. Para lograr esto, ha de fundarse en la experiencia de la fe de la Iglesia y conducir paulatinamente al hombre a la profundización de la fe. De este modo, el cristiano será capaz de impregnar de fe toda su vida, de comunicar la fe y de integrarse en la Iglesia y en el mundo. Por consiguiente, son propias de la catequesis las dimensiones eclesiológica, cristológica, trinitaria y antropológica.

Al considerar el nexo entre la fe y la vida cotidiana, es preciso hablar de la relación personal del creyente con Cristo. La catequesis ha de penetrar el sentido profundo de la vida, resolviendo sus problemas según el Evangelio y orientándola según las exigencias radicales de la vocación cristiana y de los llamamientos del Espíritu Santo. La catequesis tiene un valor educativo especial cuando va unida al ejercicio de la caridad, la cual ofrece sólido funda-

mento para aceptar y poner en práctica la visión cristiana de las realidades sociales, económicas, políticas y culturales.

El compromiso cristiano consiste en seguir las huellas de Cristo. Debe brotar de un conocimiento profundo de la Palabra de Dios y expresar la respuesta del hombre al amor de Dios. Se manifiesta en las necesidades concretas de las Iglesias locales y como amorosa colaboración en sus tareas, por ejemplo en la actividad apostólica. Este compromiso resulta más fácil si se asume comunitariamente. En la catequesis el compromiso cristiano ha de proponerse de modo integral, es decir, con su carácter específicamente cristiano, según la Revelación y el Magisterio, y en relación con todas las dimensiones personales y sociales, de forma que se evite toda instrumentalización ideológica.

Considerando que los católicos viven con frecuencia entre cristianos de otras religiones y entre no creyentes, es preciso imprimir a la catequesis una sólida dimensión ecuménica y abrirla a un diálogo que sea verdaderamente portador del mensaje evangélico, evitando en todo caso los peligros del indiferentismo religioso y de los falsos irenismos.

Actualmente en no pocos países están limitados o prácticamente suprimidos los derechos fundamentales del hombre, entre ellos el de la libertad religiosa. El Sínodo proclama de nuevo enérgicamente este derecho, que incluye el de impartir la catequesis. Este derecho se funda en el derecho de la persona a la verdad y al amor que se relacionan con las exigencias del desarrollo individual y social, en el derecho de los padres a la educación religiosa de sus hijos y en el derecho de la Iglesia a predicar el Evangelio. El derecho a catequizar se expresa en la libertad de reunirse y de disponer de los medios necesarios para impartir la catequesis lugar adecuado, tiempo oportuno, posibilidad de imprimir libros idóneos, de emplear los medios de comunicación social y de formar catequistas adecuados. Al derecho de impartir la catequesis corresponde el deber de catequizar, que afecta a toda la comunidad de los fieles.

#### Segunda serie de proposiciones

Fundamento de la catequesis en el misterio y la persona de Cristo, Hijo y revelador del Padre. El misterio de la Iglesia como sacramento de Cristo y comunión de los fieles forma parte del contenido y de la experiencia de la catequesis; como también la promoción humana inspirada en el Evangelio y fundada en la encarnación del Verbo. La catequesis ha de dar luz igualmente sobre las normas morales del comportamiento personal y de la relación social; también ha de anunciar las bienaventuranzas del reino y su realización en los Santos, sobre todo en la Santísima Virgen. De ahí se siguen consecuencias importantes, como la relación entre catequesis y liturgia; la necesidad de enunciar los contenidos en fórmulas de fe y de tener en cuenta las distintas situaciones; la conveniencia de la catequesis vocacional; la atención debida al pluralismo cultural y a la religiosidad popular.

La catequesis, teniendo a Cristo como centro, no sólo ha de conseguir que los niños y los jóvenes encuentren en El la síntesis de todas las verdades de la fe, sino que ha de iniciarlos igualmente en la experiencia del diálogo interpersonal con Cristo en la oración. Se exhorta a los catequistas a transmitir fiel e íntegramente la doctrina católica y sobre todo a despertar en los catequizados la conciencia de la presencia de Cristo en la comunidad catequética.

Entre las dificultades que encuentra la catequesis hay que mencionar el hecho de que en algunas zonas no ha sido bien asimilada la renovación doctrinal promovida por el Concilio Vaticano II. El desconcierto producido res-

pecta tanto al contenido como al método de la catequesis. Es necesario recuperar la confianza en el testimonio unánime de la Iglesia.

La transformación cultural del mundo contemporáneo ha repercutido sensiblemente en la percepción de los valores y de las normas morales. En muchos jóvenes ha provocado el abandono de la práctica religiosa por la dificultad de aceptar las normas éticas de la Iglesia, las cuales, a su vez son interpretadas por muchos fieles en sentido relativista. La moral cristiana es parte integrante de la catequesis y representa algo más que una ética meramente natural, ya que es ante todo "seguimiento de Cristo". Las categorías de "lícito" e "ilícito" se encuentran en el Evangelio, aunque siempre como determinación del precepto del amor. Existen normas y principios morales inmutables que no coartan, sino que liberan a la persona.

La difusión de hipótesis doctrinales inmaduras en la catequesis ha sido a veces causa de confusión. Eso no quita que se preste la debida atención a las aportaciones de la investigación teológica y exegética. La teología tiene su propia función, que no hay que confundir con la función de la catequesis ni con la del magisterio, como tampoco se ha de confundir la catequesis con la ciencia catequética, que es más bien parte de la teología.

### Tercera serie de proposiciones

Con discernimiento y atención la catequesis ha de insertarse en las distintas culturas y situaciones sociales a fin de que el Evangelio las evalúe rectamente, las purifique y las transforme. Es preciso que la catequesis forme y desarrolle el sentido crítico respecto a las ideologías, para que se vea claro que el Evangelio no está condicionado por las ideologías, sino que sigue siendo el criterio supremo de toda evaluación crítica.

La catequesis no puede limitarse al tiempo y al cometido de preparar para los sacramentos, sino que ha de prolongarse durante toda la vida, según las distintas situaciones y exigencias personales y sociales (zonas culturales, edad, profesión, etc.). Se impone un trabajo de adaptación, pero sin ocasionar desorientaciones.

Hay que asumir e impregnar de valores cristianos las distintas culturas. En ellas hay que descubrir los "gérmenes de la Palabra" que se encuentran en ellas y que se deben explicitar. En caso de oposición entre el Evangelio y las expresiones culturales, el Evangelio nunca ha de ceder. Se requiere fundamentalmente que Cristo pueda llevar a efecto en todas las culturas su obra de salvación, ofreciendo a todos los pueblos la posibilidad de pensar, juzgar y actuar según la voluntad de Dios y según la realidad propia del pueblo. Esto supone la colaboración de teólogos, exegetas, etnólogos, sociólogos, Pastores y catequistas, bajo la responsabilidad de las Conferencias Episcopales, en comunión con el Sucesor de Pedro.

Uno de los frutos de la renovación catequética es sin duda la variedad de métodos con que se transmite la Palabra de Dios. Hoy ya no es posible imaginar ni llevar a cabo la catequesis como mera profundización de verdades abstractas formuladas de modo único y fijo. Es preciso tener en cuenta los fines y los principios de la catequesis, la edad de los destinatarios, sus necesidades psicológicas, etc., aunque sin traicionar las verdaderas exigencias del Evangelio.

Unos métodos insisten en la dimensión doctrinal, otros en la vivencial; unos acentúan los aspectos antropológicos, otros los dogmáticos; unos ilustran los aspectos políticos para provocar el compromiso temporal, otros buscan la formación espiritual. Toda radicalización va en detrimento del mensaje evangélico.

Estas dicotomías se superan en una articulación dialéctica de ambos polos, suscitando una creatividad de la que brotarán nuevos estilos de catequesis, más fieles a las exigencias del Evangelio. El criterio teológico de esa síntesis dinámica seguirá siendo siempre el misterio del Verbo encarnado.

La memorización de las fórmulas ha de ir acompañada siempre de la explicación de los conceptos y de los términos, a fin de que los jóvenes, puedan entender lo que se les propone y profundizar en ello a lo largo de toda su vida. Con estas condiciones es útil aprender de memoria algunos textos bíblicos y litúrgicos, profesiones de fe y fórmulas de oración. Es preciso insistir en la conveniencia de relacionar el ejercicio de la memoria con el "recuerdo" (memorial) por medio del cual la Iglesia hace presente a Cristo y transmite su valor y su significado.

La catequesis ha de utilizar los medios de comunicación social, tanto porque responden a la mentalidad del hombre contemporáneo, como porque en determinadas circunstancias son el único conducto a través del cual puede transmitirse el mensaje de Cristo. También hay que tener en cuenta que los *mass-media* contribuye en gran medida a la formación de la opinión pública. Es preciso que la catequesis avive en los creyentes un fuerte sentido crítico a este respecto. La Iglesia está preparando personas capaces de servirse de los *mass-media* con eficacia.

#### Cuarta serie de proposiciones

Hoy en día es más necesaria que nunca una catequesis que acompañe al cristiano durante toda la vida. Todos los cristianos, en el ámbito de la libertad religiosa, tienen derecho a recibir la catequesis; y todos los cristianos, cualquiera que sea su misión en la Iglesia, están obligados a profundizar en el conocimiento de la fe y llevarla a la madurez. Los catequistas y los catequizados caminan juntos escuchando y siguiendo a Cristo, único Maestro.

En el contexto general de la catequesis hay que dar un relieve especial a la catequesis de los niños, no olvidando que están fuertemente vinculados a la familia y que la escuela y los medios de comunicación social ejercen gran influencia en ellos. Es necesario presentarles el anuncio de la fe de modo adecuado a su edad y psicología, para que se vayan integrando gradualmente en la vida de fe de la comunidad de los adultos.

Otro punto que ha de considerar atentamente la catequesis es la importancia de los jóvenes en la Iglesia actual, aunque sin incurrir en una adulación desconsiderada ni en una falsa mitificación de la juventud. Es preciso dar a los jóvenes una responsabilidad adecuada y efectiva en las comunidades eclesiales y es muy conveniente que los jóvenes mismos sean catequistas de los jóvenes.

La catequesis de los jóvenes ha de tener en cuenta todas sus expectativas y su anhelo de justicia y libertad, introduciéndose en su vida concreta con la misma pedagogía de la historia de la salvación. Debe exponer íntegramente el Símbolo de la fe, si bien gradualmente y según la capacidad receptiva de cada edad, y anunciar el mensaje de Cristo en comunión con el Magisterio, ofreciendo también la experiencia de una vida cristiana consecuente.

#### Quinta serie de proposiciones

La comunidad cristiana es responsable de la catequesis. Por comunidad cristiana se entiende ante todo la Iglesia universal y la diócesis, con las que la catequesis ha de mantener la comunión para ser auténtica. También otros

grupos como la familia, la escuela y las asociaciones son lugares donde se imparte la formación cristiana; en sentido más estricto lo son la parroquia y las pequeñas comunidades eclesiales y catecumenales. Para que la comunidad sea verdaderamente eclesial ha de poseer las siguientes características: conciencia clara de su unión con Cristo y con el Padre en el Espíritu; Palabra de Dios que se personalizará en la fe para conocer el designio divino con relación a los hombres; celebración de la fe, sobre todo en los sacramentos; oración comunitaria e individual a la luz de la Palabra de Dios; fraternidad en el amor; conciencia de la propia misión en el mundo; reconocimiento de las propias limitaciones y de la necesidad de completarse en la relación con las demás comunidades.

A pesar de la evolución que está experimentando, la familia sigue siendo uno de los lugares privilegiados de la catequesis, y no sólo como instrumento ocasional, sino en virtud de su condición de "polo afectivo fundamental" donde se educa a los hijos en la fe y en la oración, dentro de un clima de profunda comprensión y de ayuda mutua. Se impone la tarea de responsabilizar a los padres en este sentido, esforzándose por que la familia no se cierre en sí misma, sino que se ensamble en el conjunto de la comunidad cristiana.

La parroquia necesita una renovación profunda; sin embargo, es ámbito singular de unidad y de catequesis, sobre todo cuando logra ser "comunidad de comunidades" más pequeñas y a medida de hombre. La parroquia ha de estar estrechamente vinculada al obispo y debe ser capaz de transmitir el mensaje cristiano a todos los que habitan en ella. Se pide que se declare obligación grave para todos los fieles la asistencia a una catequesis sistemática, en la forma que se determine. Se pide también que las homilias dominicales y la predicación de los llamados "tiempos fuertes" tengan dimensión catequética.

La presencia de la enseñanza religiosa en la escuela va disminuyendo en muchas zonas en las que se impone un cierto proceso de nacionalización. Donde sea posible, hay que promover y apoyar a la escuela católica, que con frecuencia constituye uno de los pocos espacios de libertad; al mismo tiempo hay que ayudarla a ser auténtica comunidad de vida cristiana en conexión con las demás instituciones eclesiales, sobre todo con la parroquia y con la diócesis. La catequesis escolar presenta su originalidad propia: debe iluminar el progreso de la cultura a la luz del Evangelio, estimulando así una visión del mundo verdaderamente cristiana.

Las comunidades eclesiales de base tienen gran importancia para la catequesis, lo mismo que para la evangelización. En efecto, en ellas los fieles se sienten Iglesia de modo personal, comparten la experiencia de la fe y se educan en el amor fraterno; la actividad catequética puede adaptarse y suscitar la creatividad de cada uno; la catequesis, las celebraciones litúrgicas y el compromiso concreto hacen que tales comunidades sean ámbitos de auténtica experiencia eclesial. Los Pastores promueven este tipo de comunidades, proporcionándoles los medios necesarios, pero sin descuidar la catequesis de masa.

En la situación actual es preciso valorizar las iniciativas del catecumenado para los que se preparan al bautismo; y en las distintas zonas de auténtica tradición cristiana hay que pensar en alguna forma de catequesis que avive en los bautizados la conciencia de su fe y les ayude a vivir de modo coherente. La introducción de un catecumenado propiamente dicho es una cuestión que ha de ser estudiada y experimentada atentamente.

## Sexta serie de proposiciones

Los catequistas no sólo han de estar capacitados para exponer los temas de la catequesis, sino que deben manifestar en su trabajo la conciencia de efectuar una acción eminentemente eclesial, cual es la evangelización y, por consiguiente, ha de ser ejecutada en plena comunión con la Iglesia. La formación de los catequistas es de capital importancia y ha de preceder a la renovación de los medios y de la misma evangelización catequética.

Hay que dar a los catequistas sólida formación teológico-doctrinal, buena instrucción antropológica y esmerada preparación pedagógica; sobre todo deben formarse en la maduración de la propia fe, ya que sólo partiendo de una viva experiencia de fe se puede transmitir a los demás. Es función peculiar de los obispos cuidar la formación de los catequistas.

En la catequesis es necesaria la colaboración de los religiosos y de las religiosas, sobre todo cuando el carisma propio de la congregación es la misión catequética. Hay que estimular una mayor integración de los religiosos dedicados a la educación en los programas pastorales de las Iglesias locales.

Corresponde a los obispos el papel principal en la catequesis de la Iglesia local. El obispo debe coordinar la actividad de todos los que se dedican a la catequesis en la diócesis. El mismo debe dedicarse personalmente a la catequesis, vigilar el contenido y los medios de la catequesis y crear una comunidad vital en todas sus dimensiones.

### III. Mensaje del Sínodo al Pueblo de Dios

#### *Introducción*

1. Ha llegado a su término la IV Asamblea General del Sínodo de los Obispos, convocada en Roma por nuestro Santo Padre, el Papa Pablo VI, para tratar de "La catequesis en nuestro tiempo, con especial atención a los niños y a los jóvenes". Con este motivo, los Obispos deseamos vivamente dirigiros un mensaje tanto a vosotros que, encomendados a nuestro ministerio pastoral en las distintas partes del mundo, pertenecéis al Pueblo de Dios, como a todos aquellos que se interesan por la actividad y la responsabilidad que la Iglesia desempeña dentro de la sociedad humana. En este mensaje queremos comunicaros las principales conclusiones de nuestros trabajos.

Al contemplar la situación de nuestro tiempo, agitado por abundantes crisis, pero ampliamente abierto a los impulsos salvadores de la gracia, y teniendo en cuenta que en 1974 la anterior Asamblea sinodal había tratado ya el tema de la evangelización, pareció, bajo la dirección del Sumo Pontífice, que nada sería más útil para la Iglesia que continuar en la misma línea y estudiar la actividad eclesial llamada *catequesis*: es decir, la actividad constantemente necesaria para difundir viva y activamente la Palabra de Dios y ahondar en el conocimiento de la Persona y del mensaje salvador de Nuestro Señor Jesucristo; la actividad que consiste en la educación ordenada y progresiva

de la fe y que está ligada estrechamente al permanente proceso de maduración de la misma fe.

Era necesario examinar, siempre a la luz de la Palabra de Dios, los signos de los tiempos, con el fin de renovar la catequesis y de poner de relieve su importancia en el conjunto de la acción pastoral. Y esto tanto más cuanto la vigorosa vitalidad de la actividad catequética de la Iglesia se experimenta intensamente en casi todas partes con magníficos resultados para la renovación de la comunidad eclesial entera.

Nos era conocido, además, el ansia y hambre de alimento espiritual y de formación en la fe que se percibe especialmente en las jóvenes generaciones: éstas, en su afán de comprometerse y de desempeñar su propio papel en la construcción de una sociedad justa, se esfuerzan por penetrar más hondamente en el conocimiento del misterio de Dios.

Nos sentíamos también interpelados en nuestra propia fe por la actual diversidad de culturas que aspiran con vehemencia a conseguir una mayor perfección del hombre, aunque no siempre en coherencia con el Evangelio.

Asimismo teníamos en cuenta algunas deficiencias existentes: por una parte, el hecho de que en ocasiones se olvida la responsabilidad que todos los cristianos tienen de madurar su propia fe; por otra, no siempre ni en todas partes se cumple de modo debido con la obligación de transmitir rectamente la Revelación.

No ignorábamos, tampoco las dificultades a que está sometida la catequesis en algunos lugares del mundo: fuerzas adversas, en efecto introducen nuevos obstáculos que impiden el cumplimiento de la misión, encomendada por Jesucristo, de anunciar la fe a todos los pueblos.

Preocupados por este estado de cosas y sensibles a las aspiraciones de los niños y de los jóvenes que en el futuro han de llevar sobre sus hombros el peso de la edificación de un mundo nuevo, a ellos hemos dedicado especial atención.

A nadie se le oculta la íntima relación del asunto tratado con el tema de la educación en el mundo actual. Estamos persuadidos de que la pedagogía de Dios, tal como se manifiesta en la historia *de la salvación, pueda prestar también* hoy a toda la humanidad una ayuda importante que contribuya a la solución de esa problemática.

La preparación del Sínodo fue larga y laboriosa. Previamente se hizo una consulta a todas las Iglesias particulares. Al terminar ahora nuestros trabajos, hemos presentado al Sumo Pontífice unas proposiciones especiales, con el deseo de que en su día tenga a bien ofrecer a la Iglesia universal un documento sobre la educación cristiana por medio de la catequesis, como hizo después del Sínodo de 1974 con la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*. Al mismo tiempo, y con la debida aprobación, nos ha parecido conveniente manifestar nuestras convicciones y daros a conocer nuestros sentimientos sobre algunas cuestiones de mayor urgencia.

#### 1a. Parte: El mundo, los jóvenes, la catequesis (Realismo frente a la situación)

##### Los cambios radicales del mundo actual.

2. Como acontecimiento de nuestro tiempo, el Sínodo de ningún modo podía ignorar la situación concreta en que vive el mundo. Los Obispos son testigos y partícipes de las esperanzas, tensiones y frustraciones que conmueven

a los hombres de hoy (cf. *Gaudium et spes*, 1). En todos los países, cualquiera que sea su sistema social o su tradición cultural, hay hombres y mujeres que buscan, luchan y trabajan por el bien común y por construir un mundo nuevo. Los viejos sistemas de valores con frecuencia no se aceptan ya y hasta se derrumban; las seguridades humanas se ven amenazadas por la violencia, la opresión y el desprecio de la persona. Algunos llegan a experimentar que las esperanzas puestas en las ideologías y en la técnica son insuficientes.

En medio de tantos conflictos de ideas y de sistemas, una nueva búsqueda de Dios se va abriendo camino; en el inquieto corazón del hombre se pueden detectar nuevos signos de inquietud por las cosas divinas; y, al mismo tiempo, se entrevé un sentido nuevo de los valores humanos, especialmente en torno a la dignidad de la persona.

### Los problemas de los jóvenes

3. Las generaciones jóvenes tienen mayor conciencia de sí. Significan para la humanidad un sector muy importante, tanto por su proporción numérica y por sus cualidades, como por las esperanzas de futuro que necesariamente representan. En estas generaciones resuenan con fuerza especial las tendencias que penetran nuestra sociedad. Manifiestan con vehemencia una ruptura cultural, fruto de los cambios sociales. Los jóvenes son frecuentemente los que pagan el precio de los errores y deficiencias de los adultos. Muchas veces incluso son víctima de la manipulación de falsos líderes que explotan su generosidad y grandeza de ánimo.

Las aspiraciones de los jóvenes a la creatividad, a la justicia, a la libertad y a la verdad son el punto de partida de toda obra de educación. Esta tarea educativa debe responder también a sus aspiraciones de corresponsabilidad en la vida eclesial y civil y a su inclinación al amor de Dios y del prójimo. En efecto, la catequesis es una acción eclesial en favor de este mundo, especialmente de las nuevas generaciones, de modo que la vida de Cristo transforme la vida de los jóvenes y los lleve a la plenitud.

### Vitalidad y dificultades externas de la catequesis

4. Los Padres sinodales han observado los numerosos y patentes síntomas de vitalidad que muestra la actividad catequética de la Iglesia en casi todos los sectores y particularmente entre los jóvenes, sin que esto signifique que no existan también ciertas dificultades. En efecto, casi por todas partes surge una admirable proliferación de iniciativas, de suerte que se puede decir que, en los últimos decenios, la catequesis ha sido en el mundo entero terreno privilegiado y fecundo para la renovación de toda la comunidad eclesial.

Los Padres han considerado también las dificultades con que tropieza la acción catequética. A los catequistas se les exige mucho y a veces en condiciones muy difíciles. Hay que ser realistas ante estas situaciones, a menudo nuevas:

— En muchos países, la evolución de la sociedad está marginando numerosas costumbres religiosas. Muchos niños y jóvenes apenas tienen ocasión de encontrar a la Iglesia en su camino. Muchas veces el catequista topa con la indiferencia y el rechazo. Los nuevos modos de pensar y vivir muy frecuentemente ya no son cristianos. Aun entre los bautizados abundan quienes tan sólo de vez en cuando, o tal vez nunca, tienen ocasión de oír el mensaje del Evangelio. Aun que muchos de estos factores constituyen un obstáculo, son también

al mismo tiempo un verdadero reto para la catequesis, que ha de dirigirse precisamente a esos niños, jóvenes y adultos que viven en este mundo concreto, tal como es y en el que la Iglesia tiene la misión de proclamar la Palabra de salvación.

— En muchos países, esta misión de catequizar no puede ejercerse *con libertad*; son los países en que se limita de modo intolerable, o se suprime totalmente, el ejercicio de los derechos humanos fundamentales y, entre ellos, el derecho a la libertad religiosa. En esos países, a menudo las declaraciones sobre el respeto a la libertad religiosa son meramente formales, no existiendo ni verdadera libertad para que la Iglesia impregne la vida con la totalidad del Evangelio, ni el derecho efectivo de reunirse para la catequesis, ni el derecho de disponer de tiempo, locales, libros y material didáctico necesario, ni siquiera el derecho de formar catequistas.

Es ésta una situación verdaderamente dolorosa que debe ser compartida por la Iglesia universal. Ningún poder del mundo tiene derecho a impedir que las personas busquen la verdad, la acojan libremente, la conozcan en su plenitud y la profesen libre y abiertamente. La Iglesia, al reivindicar el derecho de catequizar, defiende la libertad fundamental del hombre.

#### Complejidad de la acción catequética

5. El mismo realismo nos invita a considerar la complejidad de la acción catequética.

— La diversidad de *culturas* crea a la catequesis una gran pluralidad de situaciones. Como indicó el Concilio Ecuménico Vaticano II y recordó Pablo VI en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, el mensaje cristiano debe enraizarse en las culturas humanas asumiéndolas y transformándolas. En este sentido puede decirse que la catequesis es un instrumento de “inculturación”, es decir, que desarrolla y al mismo tiempo ilumina desde dentro las formas de vida de aquellos a quienes se dirige. La fe cristiana ha de encarnarse en las culturas por medio de la catequesis. La verdadera “encarnación” de la fe por medio de la catequesis supone no sólo el proceso de “dar”, sino también el de “recibir”.

— Las nuevas *técnicas* generan varias escalas de valores y las proponen indistintamente, afectando y transformando profundamente las relaciones entre los hombres. Desempeñan un papel de interpenetración de las culturas y difunden cierto modo de vivir y pensar. Por eso cambian las formas de expresión, como también el lenguaje y el comportamiento humano. Los jóvenes representan justamente el lugar de una ruptura cultural considerable respecto a las generaciones precedentes. La catequesis no puede ser eficaz ante estas transformaciones si no acierta a transmitir el mensaje que le está encomendado en el lenguaje de los hombres de nuestro tiempo.

#### Exigencias y limitaciones de la catequesis contemporánea

6. Una catequesis que corresponda a las exigencias de nuestro tiempo deberá no sólo proseguir la renovación ya comenzada, sino también desarrollarla con prudencia. La rutina que rechaza todo cambio, y la improvisación que se lanza a la aventura, son igualmente peligrosas. Las deficiencias que se producen u originan en la catequesis provienen a menudo de esa falta de realismo, que es al mismo tiempo infidelidad al Evangelio y al hombre; se trata de realizar la catequesis *en nuestro tiempo*. El Sínodo hace un llamamiento a las comunidades cristianas para que se renueve nuestra acción catequética, que

es esencialmente anuncio del Evangelio —la Buena Noticia—, pero manteniéndose siempre en una línea de realismo que lleve la catequesis a la fidelidad y a una profundidad auténtica en todos sus aspectos.

## 2a. Parte: La catequesis, manifestación de la salvación en Cristo

### La catequesis se centra en el misterio de Cristo

7. La Iglesia repite sin descanso que es portadora de un Mensaje de salvación destinado a todos los hombres. Su misión es anunciar y realizar sobre la tierra la salvación de Jesucristo. Es ésta una misión de evangelización, de la cual la catequesis constituye un aspecto. Su centro es el misterio de Cristo. En efecto, Cristo, Dios y Hombre verdadero, y su obra salvadora —encarnación, vida, muerte y resurrección— ha de ser el centro de la proclamación catequética. Jesucristo es el fundamento de nuestra fe y la fuente de nuestra vida. Por tanto, la historia entera de la salvación se orienta hacia Cristo. En la catequesis nos esforzamos por lograr la comprensión y la experiencia de la importancia que tiene Jesús, el Cristo, en nuestra vida de cada día. La catequesis habrá de anunciar claramente que Dios Padre nos reconcilia consigo por Jesucristo, su Hijo, y que el Espíritu Santo guía nuestra existencia. En cuanto transmisión es Palabra viva, fiel a Dios y a la vez fiel al hombre.

En conformidad con lo expresado en la *Evangelii nuntiandi*, el Sínodo recuerda los aspectos siguientes:

- la catequesis es Palabra;
- la catequesis es “Memoria”;
- la catequesis es Testimonio.

### La catequesis como Palabra

8. Es éste uno de los primeros aspectos de la misión de la Iglesia: la Iglesia habla, anuncia, enseña, comunica. Todas estas palabras designan una única acción, la de dar a conocer en el Espíritu el misterio de Dios Salvador: “Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3). Este conocimiento no es un saber cualquiera; es conocimiento de un misterio, anuncio gozoso, sabiduría según el espíritu, síntesis orgánica centrada en el misterio de Cristo. No es un sistema, una abstracción, una ideología.

La catequesis tiene su origen en la confesión de la fe y conduce a la confesión de la fe. Hace posible que la comunidad creyente proclame que Jesús, el Hijo de Dios, el Cristo, vive y es Salvador.

Por esta razón, el modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal, formación específica que conduce al adulto convertido a la profesión de su fe bautismal en la noche pascual. A lo largo de esta preparación, los catecúmenos reciben el Evangelio (= Sagradas Escrituras) y su expresión eclesial, que es el Símbolo de la fe.

Pero la catequesis puede asumir también muchas otras formas (predicación, enseñanza religiosa escolar, emisiones de radio o televisión...), que corresponden a modos de comunicación y métodos de enseñanza propios de una o varias épocas históricas.

En cada caso se hace necesario acudir a unos criterios que permitan discernir cuándo un lenguaje concreto es verdaderamente catequético. Una enseñanza cualquiera, incluso de contenido religioso, no es sin más catequesis ecle-

sial. En cambio, cualquier palabra que llegue al hombre en su situación concreta y lo impulse a encaminarse hacia Cristo puede ser realmente una palabra catecumenal. La palabra genuinamente catequética transmite fundamentalmente los núcleos esenciales o sustancia vital del anuncio evangélico, que nunca puede ser cambiado ni silenciado (cf. *Evangelii nuntiandi*, 25).

La íntegra sustancia vital del Evangelio que es transmitida a través del Símbolo de la fe nos comunica el núcleo fundamental del misterio de Dios Uno y Trino, tal como nos ha sido revelado en el misterio del Hijo de Dios encarnado y Salvador que vive siempre en su Iglesia.

Para discernir tanto la fiel transmisión del anuncio íntegro del Evangelio, como la autenticidad de las expresiones catequéticas a través de las cuales se nos ofrece la fe cristiana, es necesario prestar atención reverente al ministerio magisterial y pastoral de la Iglesia.

#### La catequesis como "Memoria"

9. Es otro aspecto clave de la acción de la Iglesia: la Iglesia recuerda, conmemora, celebra en memoria de El, realiza la "anamnesis".

En efecto, la palabra y la acción de la comunidad eclesial sólo tienen sentido y eficacia porque son hoy la palabra y la acción que manifiestan a Jesucristo y vinculan a El. La catequesis empalma de esta manera con toda la acción sacramental y litúrgica.

La catequesis es en nuestro tiempo "la manifestación del misterio escondido en Dios antes de todos los siglos" (cf. *Col* 1, 26). Por eso el primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo. En esta línea, la catequesis es una auténtica introducción a la *lectio divina*, es decir, a la lectura de la Sagrada Escritura hecha "según el Espíritu", que habita en la Iglesia tanto asistiendo a los ministerios apostólicos como actuando en los fieles. Las Escrituras permiten a los cristianos hablar un lenguaje común. Es normal que a lo largo de la formación se aprendan de memoria ciertas sentencias bíblicas, en especial del Nuevo Testamento, o determinadas fórmulas litúrgicas, que son expresión privilegiada del sentido de dichas sentencias bíblicas, así como también otras plegarias comunes.

El creyente asimila también aquellas expresiones de fe acuñadas por la reflexión viva de los cristianos durante siglos, y que son recogidas en los Símbolos y en los principales documentos de la Iglesia.

Así, pues, ser cristiano es entrar en una Tradición viva, que a través de la historia de los hombres manifiesta cómo el Verbo de Dios asumió en Cristo Jesús la naturaleza humana. La catequesis es así "transmisión de los documentos de la fe". Los temas que escoge y la manera como los desarrolla corresponden a la auténtica fidelidad a Dios y al hombre en Jesucristo.

#### La catequesis como Testimonio

10. La Palabra, enraizada en la Tradición viva, es así Palabra viva para hoy. Expresiones como compromiso, "inculturación", acción eclesial, vida espiritual, oración personal y litúrgica, santidad, manifiestan esta misma realidad: el testimonio.

La comunidad creyente es una comunidad de hombres de hoy que actualiza la Historia de la salvación. La salvación que la comunidad lleva en su seno ofrece a los hombres de hoy la liberación del pecado, de la violencia, de la injusticia, del egoísmo. Se cumple así la Palabra de Jesús: "la verdad os hará libres" (*Jn* 8, 32). La catequesis no puede, por tanto, separarse de un

serio compromiso de vida: "No son los que dicen: Señor, Señor..." (*Mt* 7, 21). El compromiso puede tomar múltiples formas individuales o colectivas. Es según la fórmula tradicional, "el seguimiento de Cristo". De esta manera, la enseñanza de la moral, "Ley de Cristo", ocupa su lugar en la catequesis. Hay que afirmar sin ambigüedad que existen leyes y principios morales que es preciso presentar en la catequesis, y que la moral evangélica tiene una índole específica que lleva más allá de las solas exigencias de la ética natural. Más aún, la ley de Cristo, o ley del amor, está grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. *Rom* 6, 5; *Jn* 13, 34).

Por otra parte, la catequesis, en cuanto que es testimonio, educa asimismo al cristiano para su inserción plena en la comunidad de discípulos de Jesucristo que es la Iglesia, asumiendo toda la verdad de la condición de gracia y de pecado de este pueblo creyente que peregrina en el mundo; y también con todo el sentido de solidaridad fraterna que el cristiano debe vivir respecto a todos los que, sean o no creyentes, están embarcados en la misma aventura de la familia humana. De esta forma la comunidad eclesial se constituye en auténtico sacramento universal de salvación.

La doctrina moral no es sólo "individual"; presenta también la dimensión social del anuncio cristiano hoy. Uno de los cometidos principales de la catequesis es suscitar eficazmente formas nuevas de compromiso serio, especialmente en el campo de la justicia. Así, a partir de la experiencia de los cristianos, surgirán nuevos estilos de vida evangélica que, con la gracia de Cristo, producirán nuevos frutos de santidad.

#### Originalidad de la pedagogía de la fe

11. En toda catequesis íntegra hay que unir siempre de modo inseparable:
  - el conocimiento de la Palabra de Dios,
  - la celebración de la fe en los sacramentos,
  - la confesión de la fe en la vida cotidiana.

La pedagogía de la fe tiene, pues, *un carácter específico*: el encuentro con la persona de Cristo, la conversión del corazón, la experiencia del Espíritu en comunión con la Iglesia.

#### 3a. Parte: La catequesis, obra de todos en la Iglesia

##### La corresponsabilidad

12. La catequesis es una tarea de vital importancia para toda la Iglesia. Incumbe de verdad a todos los cristianos, a cada uno según las circunstancias propias de su vida y según sus dones y carismas particulares. Todos los cristianos, por razón del santo bautismo, ratificado por el sacramento de la confirmación, están llamados a transmitir el Evangelio y a preocuparse por la fe de sus hermanos en Cristo, principalmente de los niños y de los jóvenes. Sin embargo, esto da origen a veces a tensiones y divergencias por causas muy diversas. Por ello, el Sínodo invita a todos a superar las dificultades que puedan surgir, de forma que se fomente siempre una común corresponsabilidad. Para ello se subrayan los siguientes aspectos.

##### La comunidad cristiana

13. a) El lugar o ámbito normal de la catequesis es la comunidad cristiana. La catequesis no es una tarea meramente "individual", sino que se realiza siempre en la comunidad cristiana. Las formas de comunidad evolucionan

en nuestro tiempo. Junto a comunidades como la *familia*, primera comunidad educadora del hombre, o la *parroquia*, lugar normal donde actúa la comunidad cristiana, o la *escuela*, comunidad destinada a la educación, surgen hoy día otras muchas comunidades entre las cuales se encuentran las pequeñas comunidades eclesiales, las asociaciones, los grupos juveniles y otras.

Estas nuevas comunidades representan una oportunidad para la Iglesia. Pueden ser levadura en la masa y fermento de un mundo en transformación. Contribuyen a manifestar más claramente tanto la diversidad como la unidad de la Iglesia. Han de mostrar entre ellas la caridad y la comunión. La catequesis puede encontrar en ellas nuevos lugares donde realizarse, ya que los miembros de la comunidad son unos para con otros proclamadores del misterio de Cristo. Al mismo tiempo, la catequesis ha de presentar el misterio de la Iglesia, Pueblo de Dios y Cuerpo místico de Cristo, en el cual los múltiples grupos y comunidades de cristianos se unen íntimamente con Dios y entre sí.

#### El obispo y los diversos catequistas de la comunidad

14. b) El obispo es el primer responsable de la catequesis en la Iglesia local. Además de la responsabilidad que tiene de coordinar la actividad de todos los dedicados a la catequesis en su Iglesia particular, el obispo debe dedicarse en persona a la realización directa de este ministerio. Los demás, cada uno en su función, colaboran con él en la acción catequética; nadie puede realizarla solo, ya que exige la movilización de múltiples energías. Cada uno según su tarea y sus carismas, contribuye a la misma misión: los obispos en unión con sus presbíteros, los diáconos, los padres de familia, los catequistas, los maestros, los animadores de comunidades cristianas. En este trabajo pueden y deben desempeñar una colaboración inestimable para la Iglesia, por muy diversos títulos, las personas de vocación consagrada.

En muchos países los catequistas, juntamente con los sacerdotes, participan en el ministerio de la animación de las comunidades cristianas. Vinculados al obispo asumen la responsabilidad de la transmisión de la fe.

A todos ellos, el Sínodo les confirma sobre la importancia de su misión y desea que todos encuentren la ayuda y comprensión que necesitan. Pide que los ministerios y tareas catequéticas no sean asumidas sin una adecuada formación. Dicha formación, según la doble dimensión de la catequesis fiel a Dios y fiel al hombre, lleva consigo una preparación en las ciencias sagradas junto con los conocimientos necesarios sobre el hombre, según países y ambientes, que proporcionan las ciencias humanas.

#### La acción catequética en una sociedad pluralista

15. c) El mundo actual se caracteriza por su diversidad. Está compuesto por pueblos con una visión del mundo, unos principios éticos y unos sistemas sociales y políticos muy diferentes. Desde el punto de vista religioso, es igualmente pluralista.

La catequesis deberá capacitar a los cristianos para desenvolverse convenientemente en medio de esta diversidad y pluralismo. Para ello, debe educarlos inculcándoles el sentido de su identidad específica: son, en verdad, bautizados, creyentes y miembros de la Iglesia. Ha de formarlos, asimismo, dándoles sensibilidad para la apertura al diálogo; diálogo que sea respetuoso con los demás hombres y, al mismo tiempo, sumamente fiel a la verdad.

La formación ecuménica ofrece a los cristianos que pertenecen a la comunidad visible de la Iglesia Católica Romana la ocasión de comprender me-

por a los cristianos que pertenecen a otras Iglesias o Comunidades Eclesiales, y también la posibilidad de prepararse para el diálogo y para establecer con ellos relaciones fraternas. El establecimiento de unas "catequesis comunes" allí donde, según el criterio de los Pastores, se juzgue necesario, se ha de completar con una catequesis íntegra y específicamente católica, para evitar el peligro del indiferentismo religioso.

En cuanto a las otras religiones, que los cristianos encuentran cada vez con mayor frecuencia en su camino, la catequesis desarrollará actitudes de acogida y de comprensión, actitudes de escucha y discernimiento de los *semina Verbi* (las "semillas de la Palabra") latentes en las mismas. Para que los jóvenes puedan sacar algún fruto del conocimiento de las religiones no cristianas y, con mayor razón, de la información sobre las variadas concepciones materialistas, es necesario que bajo la guía de los Pastores reciban una preparación muy seria en la propia doctrina católica y, al mismo tiempo, se ejerciten convenientemente en la oración y en la vida cristiana. Preparados de esta manera podrán ofrecer a aquellos que no comparten su fe en Cristo, no sólo el respeto debido, sino también el testimonio de esta fe.

#### La catequesis cristiana y las corrientes materialistas actuales

16. Respecto a las corrientes materialistas, secularistas o ateas, y a ciertos humanismos totalitarios que asfixian la dimensión verdaderamente humana de la persona, la catequesis debe apoyarse en la visión cristiana del hombre y del mundo. La "apologética", o bien, una cierta "confrontación" crítica, que tenga en cuenta el pensamiento contemporáneo, pondrá de relieve los fundamentos racionales de esta visión.

En esta situación de diversidad y pluralismo, el cristiano no tiene por qué temer: es, con la gracia del Espíritu Santo, *fuerte en la fe*, según la expresión apostólica. La auténtica apertura de espíritu supone y exige una conciencia bien formada acerca de la propia identidad cristiana, que implica el testimonio y la misión.

#### La dimensión misionera de la catequesis

17. Toda catequesis es *misionera* porque impulsa a preocuparse de otras comunidades de ambientes distintos y, abriendo los espíritus al bien de la Iglesia universal, suscita vocaciones misioneras. Pero además, lo es porque inclina a actitudes de respeto hacia los hombres y estimula a dar ante todos ellos un testimonio auténticamente cristiano, partiendo siempre de la edificación cada día más sólida de la propia comunidad eclesial.

#### Conclusión

Una vez que os hemos dado a conocer algunas cosas que resumen lo que fueron nuestras jornadas de trabajo, vividas junto a la Cátedra de Pedro, en unión y comunión con su Sucesor Pablo VI, queremos dar gracias en primer lugar a Dios, de quien proceden todas las cosas buenas (cf. *Sant* 1, 17); a Dios a quien dedicamos toda nuestra existencia; a Dios quien, por la acción del Espíritu de su Hijo, está continuamente con nosotros invitándonos a ver, a contemplar, a tocar —digamos— con nuestras propias manos sus obras admirables (cf. 1 *Jn* 1, 1); a Dios, en fin, a quien de todo corazón deseamos que

améis siempre sobre todas las cosas.

Y ahora queremos daros gracias a todos los que compartís generosamente con nosotros el misterio de la catequesis.

Va nuestro pensamiento a nuestros presbíteros, cooperadores de nuestro mismo ministerio apostólico, tan estrechamente vinculados a nosotros por su ordenación sacramental.

Tenemos también ante nuestra mirada a quienes han consagrado a Dios su vida en las comunidades religiosas y a quienes desean actualizar la plenitud de las exigencias evangélicas en medio del mundo. Queremos confirmar una vez más que esperamos mucho de la fecundidad espiritual que puede comunicar al mundo una existencia vivida según el talante de las bienaventuranzas predicadas por Jesús (cf. *Lumen gentium*, 42).

Ocupan nuestra atención de modo especial *los catequistas*. Son muchos las mujeres, los hombres, los jóvenes —incluso los niños— que, llenos de caridad verdadera, dedican su tiempo —con frecuencia, sin recibir pago alguno de este mundo— a extender y construir el reino de Dios por medio de la catequesis: ellos hacen nacer así a Cristo Jesús en el corazón de los hombres y se empeñan por hacerlos crecer en la vida cristiana con vistas a que alcancen un día la plenitud vital en el Señor.

Con particular agradecimiento nos dirigimos a las madres y padres de familia que educan a sus hijos, desde los años infantiles, en el conocimiento de Jesús, en el espíritu de temor filial y en el amor a Dios Padre, manteniendo viva en sus corazones la fe que recibieron en el bautismo y que ellos mismos ratifican en la confirmación: de este modo, la familia contribuye a mantener pujante el estilo de vida cristiana de forma que dé frutos constantes, válidos para la vida eterna.

También tenemos presentes a tantas comunidades que fomentan la fraternidad cristiana, cultivando la oración y la pobreza: son un precioso testimonio de vida para nuestro mundo oprimido por el egoísmo individualista.

Al recordaros a todos, nosotros, los Obispos, llamados de todas las partes del mundo para congregarnos en este Sínodo, desde la Colina Vaticana, junto al sepulcro de Pedro y en la presencia de su Sucesor el Papa Pablo VI, después de escuchar y hacernos cargo de las aportaciones de todas las Iglesias y conscientes de la importancia de la catequesis y de su prioridad en el contexto de nuestro trabajo pastoral, aceptamos solemnemente la suave carga de gastar nuestras energías al servicio de la catequización que compartiremos con nuestra ineludible responsabilidad de evangelizar.

Confiamos para ello en la gracia del Espíritu Santo, que puede suscitar frutos de santidad cada vez más ricos en la medida en que vuestra vida cristiana madure y se sazone a través de la formación que se adquiere por medio de la educación de la fe.

Sin duda, existen muchas dificultades actualmente para el desarrollo de la catequesis. Más todavía, son aún imprevisibles los obstáculos que vamos a encontrar. Pero no hemos de olvidar que quienes creen en Jesús consideran el futuro como algo que les es particularmente propio y que la esperanza cristiana jamás defrauda (cf. *Rom* 5, 5.).

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, nos ayude a conducir hasta el final estos propósitos. Así la fe salvadora de Cristo podrá ser para el mundo entero levadura, sal, luz, vida verdadera. Ella, la oyente privilegiada de las palabras del Señor, ardiente discípula de su Hijo en la fe, “conservaba cuánto ocurría en torno suyo y lo meditaba en su corazón” (*Lc* 2, 19).